



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arca. Sra. Aspillaneda, Sres. Asquerino, Auhán (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Athuerza, Arlandá, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Bacerra, Benavides, Bina, Borsao, Borrozo, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Carazo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste conde de, Collado, Cortina, Corrali, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcáñiz, Dacarrete, Díaz (José María) Díaz Pérez, Durán, Duque de Rivas, Echevarría, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escourro, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Ferrn Turó, Flores, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvés de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Martín, Güell y Rente, Güellbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgá, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasarón y Lastra, Pascual (D. Agustín) Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poej, Reinos, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Saurozá, Selgas, Señoría Sarrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velaz de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla

PRECIO DE SUSCRICION
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
 Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
PRECIO DE LOS ANUNCIOS
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
 sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 1.º de Marzo de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Soldado, 1, duplicado

SUMARIO

Política interior, por D. Rafael Comenge.—Política exterior, por don Carlos Malagarriga.—Don Eugenio de Olavarría (conclusion), por D. Tristan Medina.—Los historiadores de la independencia Mexicana, por D. Gustavo Baz.—El libro y la carta, por D. T. Damann.—Venezuela, por D. Eduardo Calcaño.—El Comercio Hispano-Americano, por D. Joaquín G. Gamiz-Soldado.—Historia Americana (El tirano Rosas), por D. Pedro Arnao.—Folk-lore, por A. Machado y Alvarez.—Historia cívica, por Micrófilo.—Revista de Madrid, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Frases.—Anuncios.

POLITICA INTERIOR

Pasó el Carnaval con su cara empolvada, su traje chillón y las muecas y cabriolas de costumbre, y con él; como hubiéramos deseado todos los españoles, no se fué la mascarada política, llena de rebuscados pensamientos, frases hechas, conciencias flexibles y negocios pecaminosos.

No es el carácter español contrario á la seriedad, antes por el contrario, busca en la tradición el origen de su altivez y de sus serias cualidades; por eso el Carnaval ha muerto entre nosotros, no conservándose más que como un pretexto para que los novios, cuya beligerancia no se ha reconocido por los padres, puedan libremente aproximarse á las bellísimas ingratas en cuyas miradas beben la felicidad.

Este año, el disfraz se ha contenido tímidamente en las narices de algunos jóvenes de buen humor y escasos recursos; de este modo, conservando la integridad de la persona, ha podido pasear tranquilamente por el Prado, Recoletos y la Castellana, sin caer bajo la férula de la Administración municipal.

Pero los máscaras políticos han dado en la flor de no encubrir sus facciones para nada, sino de gastar bromas con la cara descubierta, y sin importárseles un ardite ningún bando de buen gobierno.

Hace medio siglo que España juega al ré-

gimen parlamentario, que es una manera alegre y distraída de perder el tiempo y de fastidiar á los pueblos.

Y, ¿qué ha pasado? Ha pasado que han surgido del fondo del estado llano una porción incalculable de hombres de entendimiento, que no han hecho nada, ó casi nada.

Para volver á lo que los venerables patricios del año 12 reunidos en Cádiz nos dieron con su Constitución, se ha levantado en armas el país veinte veces.

Cada reforma política ha costado la vida á más de mil españoles, y, sin embargo, el entusiasmo se extingue, ó decrece á lo ménos por modo considerable, y ya la palabra libertad no posee entre nosotros resortes mágicos de entusiasmo explosible, sino débiles y suavísimos chispazos de alegría.

Así como los sábios europeos, tras largo y detenido combate con el error, han llegado á sentar conclusiones, que cinco mil años antes habían los indios reconocido como axiomas inmutables, de igual manera nuestros políticos, á traves de veinte revoluciones, no han logrado definir en el Código fundamental los derechos inherentes á la personalidad humana, y que constituyen su integración.

Véase sino, de qué modo se truncan y separan las corrientes liberales en nuestro país.

No hace mucho, los antiguos cimbríos, unidos á los de procedencia más radical, echaron sobre sus hombros una gran misión; la de hermanar la monarquía borbónica, con ribetes de tradicional, con la democracia legítima, expresión del pueblo y esperanza del país.

Olvidaron antiguos y proverbiales antagonismos, sacrificaron en parte su doctrina adoptándola al medio pueril y raquíctico en que nacen y viven las monarquías seculares, y se entregaron en brazos de la fortuna.

Pero ¡ah! que las instituciones tradiciona-

les temen y escuchan con pavor siempre el rugido de la tempestad: un hombre rojo venido del Norte por cábales y arreglos internacionales que no nos incumbe ahora el examinar, dijo lo que en su patria pasaba, de qué modo enterdian ellos esa fórmula de acero que se llama gobierno, y de qué manera aplicaban las palabras tolerantes de las leyes y el espíritu justiciero y nada equitativo.

Sin duda que un poder reaccionario puede, por la misma entereza del vigor que despegue, servir de mucho en un Estado convertido por azares de la suerte en un campamento; pero en una nación hecha, no al fuego de combates recientes, sino á la altísima temperatura de viejas batallas, la fuerza despótica para nada puede aprovechar como no sea para exaltar los ánimos.

Así, pues, la receta del hombre rojo pudo, de un simple ducado, no tan grande como una de nuestras provincias, fabricar un imperio digno del aplauso y consideración de este viejo Continente, que está tan apegado á la antigua usanza, que aún considera más la férrea lanza que el taller del artista, y el estampido de máquina guerrera, lo pone por cima del fragor civilizador de las fábricas.

Pero en esta nación hidalga en que la esclavitud no llegó á conocerse; en este nido de la libertad, el medicamento resulta fuerte y merece clasificarse en el género pernicioso de los tóxicos.

No es la reacción la que puede echar las bases para asegurar el pedestal que la monarquía empezó á fabricarse en Sagunto con los pabellones de revoltosas armas, no; la reacción no ha servido nunca más que para destruir, y el doctrinarismo no ha tenido otra misión que la confiada por la naturaleza á la hiedra, que ahoga entre sus múltiples anillos los majestuosos árboles sobre los cuales trepa.

España quiere vivir á la luz del sol, que por eso sin duda dióle el Creador un cielo sin nubes, y los procedimientos inquisitoriales y las audacias reaccionarias, son las nubes de la política, esas nubes cenicientas, cargadas de agua y de tristeza.

Y á pesar de esto, ¿por qué desconocido cúmulo de inadvertencias los liberales permanecen tan sólo instantes en el poder?

La razón es sencilla, los liberales españoles no son hombres convencidos y dudan siempre de lo que saben; afirman las cosas por intuición sin fijarse en los argumentos contradictorios, y es natural, la misma conciencia de la propia debilidad les perjudica, pudiendo tomar por asalto una ciudad con tres soldados, se asustan de ir con tan escasa compañía á acometer un hecho heroico.

Luego están siempre medrosos de que se les tenga por medianos palaciegos; quieren igualar á los que nacieron entre adulaciones y cortesías, y superar á los cortesanos más humildes y correctos; entienden, bien desdichadamente por cierto, que una arruga del frac puede decidir de su suerte, y una corbata *de modé* condenarles al ostracismo perpétuo.

Por esos detalles olvidan su fuerza que está en las ideas que sostienen, en la publicidad de sus actos, en la pureza de sus sentimientos, á través de los cuales pueden filtrarse los rayos del sol.

Teniéndose por olvidados, siempre llegan á perder la memoria de que existen, y mutilan su credo antes de que una régia exigencia les obligue á mutilaciones vergonzosas.

Por este camino se abandonó la Constitución de 1869 y se adulteró el sufragio universal, poniéndole remiendos retóricos con la palabra universalización, que ciertamente no había menester; por eso en ocasión solemne y próxima las creencias políticas, tuvieron para los congregados en casa del duque de la Torre, importancia bien menguada, dejando á las ambiciones de campanario y á las satisfacciones del hogar el sitio de preferencia; por eso se contrata descaradamente con el gobierno, y se atribuyen merecimientos de que carecen y distritos que desconocen: por eso, en fin, advirtiendo la monarquía que en las cosas propias no pecaban de cuidadosos, llamó al partido conservador que, hágalo ó no, predica á las gentes que lo único santo é intangible son las instituciones monárquicas. De donde nos llevan como de la mano al comienzo de este artículo, en el que decíamos que la fé se extinguía y que los hombres dejaban en el olvido el culto de la libertad.

Mas si las agrupaciones de la extrema izquierda encuentran dificultades para abrirse paso en las esferas del poder, en cambio, por justa compensación, los conservadores mueren sin saber qué enfermedad padecen, mueren de reposo, que es un mal tan grave, que las aguas que lo sufren se corrompen y las sociedades que lo poseen se aniquilan.

Veamos; cerca de mes y medio llevan los conservadores al frente de la administración pública, y su política ha sido la quietud; exceptuando los hábiles manejos que para poner de acuerdo á todos los candidatos conservadores se han llevado á cabo en el ministerio de la Gobernación, lo demás del gobierno ha padecido esa beatitud celeste, esa tranquilidad soñada por los bouzos en la India.

El Sr. Pidal, ministro de Fomento, después de sostener un criterio mediocre, que ha puesto la estudiantina á la altura de la fama buscona y reñidora de que gozó en Salamanca en otros tiempos, se ha limitado á dejar sin efecto las reformas que en la Facultad de Derecho hizo el Sr. Gamazo.

El ministro de Gracia y Justicia se encuentra arma al brazo, esperando á que la resolución de los problemas electorales le dejen tiempo y espacio libres para demostrar que es sencilla de practicar la sentencia de las Leyes de Partida, en las que se dice: «que el hacer es cosa grave y el desfacer muy pequeña.»

Sin duda, dados los alientos poco comunes de que en otras ocasiones ha dado galana muestra el Sr. Silvela, los juriscultos espa-

ñoles podrán prometerse excelentes resultados de sus atrevimientos de indiscutible talento.

El ministro de Estado ni siquiera ha concluido la combinación diplomática que desde antes de ser poder tenía comenzada; pues los diplomáticos son gente de muchos humos que no pueden tolerar que s les considere menos que á su amo y Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, y cada uno pide lo menos la representación de medio mundo para empezar.

Los periodistas conservadores, que son los agraciados en punto á ofrecimientos diplomáticos, se han entretenido en despreñar los cargos.

No hay un sólo periodista que quiera buscar cuestiones fuera; tenemos bastantes en casa.

El resto de los ministros guarda, en punto á iniciativa, el más riguroso incógnito; sólo los jueces de instrucción han doblado su actividad febril por consecuencia de las frecuentes denuncias que han sufrido los periódicos.

Si las denuncias siguen, los jueces de instrucción ganarán, pues llegarán á escribir medianamente, cosa que, en realidad, les hace falta á muchos de ellos.

Ahora bien; sin que el partido conservador arroje á la discusión asuntos ¿cómo es posible pasar estas vacaciones de las ideas, sino con la socorrida y fácil tarea de insultarnos unos á otros?

De este modo se comprende que la prensa diaria exajere los temperamentos y eleve á cuestiones de bulto las que no adquieren el tamaño de un cañamón, y que el principal estudio que en estos días se haga, se refiera tan sólo á incontinencias baladíes que, más bien son para olvidadas que para discutidas.

Hay un punto, sin embargo, que no podemos pasar por alto; aquel en que los diarios políticos anotan las excentricidades romancescas de los gobernadores que multan alcaldes á diestro y siniestro, disuelven ayuntamientos á granel, y encauzan concejales por montones.

Se ve que no tardará en comenzar el período electoral.

Como la anunciada reunión de la mayoría ha puesto carne de gallina á los que mandan, habilidosamente han dejado caer, como cosa que viene de muy alto, la duda de si el Sr. Cánovas obtendrá el decreto de disolución.

La resolución de este problema puede tener el distraído interés de los rompe-cabezas; pero nada más, porque hay cosas que sólo les pasan á los liberales.

RAFAEL COMENGE

POLÍTICA EXTERIOR

I

En distintos puntos de Francia se ha festejado el domingo último el aniversario de la caída de Luis Felipe: los oradores que en los banquetes y en las reuniones han evocado el recuerdo de la República de 1848 han convenido en afirmar que el 24 de Febrero debe ser ensalzado por haber dado á Francia el sufragio universal. Sin embargo, y esto prueba la escasa virtualidad que en sí propio encierra un principio por elevado que sea, desde aquella fecha se han sucedido en Francia, una República, el Imperio y otra República: el sufragio universal ha apoyado sucesivamente con millones de votos cada una de aquellas formas de gobierno. Por fortuna para Francia, el complemento indispensable del sufragio universal, y su limitación á veces, la educación política del pueblo, hadado en estos últimos años pasos agigantados con la instrucción gratuita y obligatoria, el servicio militar de todos, y la prosperidad general que, al extenderse hasta los últimos rincones de Francia, ha dado al elector la independencia que necesita para el cumplimiento de aquel derecho.

II

La política exterior de Francia debe ser, ante todo, de paz y de recogimiento, y los últimos sucesos que en el mundo de la diplomacia durante esta quincena han ocurrido, no son

de tal naturaleza que puedan variarla. Por uno de esos cambios de frente que constituyen el modo de ser de la política del canciller de Alemania, las relaciones de este imperio con el ruso se estrechan cada día más, coincidiendo esto con un enfriamiento gradualmente creciente de Austria-Hungría hácia aquella potencia.

Un antiguo secretario de Bismarck, el señor H. Busch, acaba de publicar un libro de historia diplomática, *Nuestro canciller*, en el cual se detallan los sucesos que precedieron y siguieron á Sadowa con tan poco respeto al imperio austro-húngaro y á su soberano, que los periódicos de Viena han salido unánimes á la defensa de sus estadistas, creyendo algunos rota desde luego la alianza concluida hace cinco años, y que termina en Setiembre próximo.

Creyeron todavía algunos, que el desenfado de H. Busch atraería sobre *Nuestro canciller* una desautorización; pero *La Norddeutsche*, el órgano que prefiere Bismarck para esto, ratifica las afirmaciones del folletista, principalmente en lo que se refiere á los precedentes de la guerra de 1866, que trata Busch con cinica ligereza al afirmar que, mientras Bismarck entretenía á Austria con negociaciones diplomáticas, cuyo fin era repartirse equitativamente la influencia en Alemania, preparaba la guerra que debía asegurarle definitivamente su preponderancia en el mundo germano.

El juego se ha visto claro ahora, cuando el príncipe Orloff, el diplomático ruso más caracterizado y el amigo más íntimo de Alejandro III, ha pasado de la embajada de París á la de Berlín, coincidiendo esto con las conferencias del príncipe Dolgorouky con el canciller alemán en Friedrichsruhe, cuyo efecto inmediato ha de ser, ya que no el desarme de los dos imperios, el apartamiento de sus fronteras de las enormes masas militares acumuladas durante los últimos seis meses en previsión de una guerra que los más optimistas anunciaban para esta primavera.

III

Si, como muchos creen, se ha terminado una alianza entre Alemania y Rusia, la anexión de Merv realizada por ésta, tiene gran importancia, porque vendrá á ser como las arras del convenio.

Trátase en efecto de haberse completado la línea fronteriza de Rusia en el mar Caspio hasta las fuentes del Oxus, es decir, de un paso más dado por el imperio del Norte hácia la India inglesa. Los turcomanos de Merv y los khanes de aquella parte del Turkestan, han enviado un mensaje al czar, sometiéndose á su autoridad con esas aparatosas é hinchadas fórmulas á que los orientales muestran singular afición, y que en muchos casos, quizás en el presente, no ocultan más que un negocio puramente mercantil, la compra de dos ó tres jefes influyentes. La forma de la anexión ha sido correcta, y los periódicos ingleses que han mostrado legítima alarma ante la aproximación á su rica colonia de su poderoso enemigo asiático, no ha podido en realidad decir que se hayan violado los tratados, pero á la anexión de Merv seguirá antes de poco la de las tribus que ocupan la zona neutral que separa el Turkestan del Afghanistan, y ya entonces los ingleses verán claramente lo que quizás ahora no pueden ver, y es que mientras luchan por asegurar el camino marítimo de las Indias, á las puertas de su rica colonia llega Rusia dispuesta á cumplir lo que entiende ser su misión providencial, á el señorío de Asia.

La ocasión ha sido de todos modos bien elegida por Rusia; cuando toda Inglaterra estaba pendiente del viaje á Jartum de Gordon-Bajá; y cuando el Gabinete inglés veía puesta en peligro su existencia por el voto de censura de sir Stafford Northcote, llegó á Londres la noticia de la sumisión al czar de 140.000 tiendas de Merv, que hace diez años hubiese provocado un rompimiento entre la Gran Bretaña y Rusia.

IV

Apenas si los periódicos ingleses se han ocupado ligeramente del asunto. Para todo buen

inglés hoy no hay más que una cuestión, la del Soldan.

Gordon-Bajá llegó á Jartum, y sus primeros actos han causado una estupefacción general. El rígido protestante empieza por permitir la esclavitud; el integérrimo liberal, el amigo de Gladstone, amenaza á los soldaneses con las tropas otomanas; el antiguo gobernador del Soldan, el protegido de Ismail, declara rotos los lazos que hasta ahora unieran á aquella comarca con Egipto. Se sabía que Gordon tenía amplias facultades, pero no se esperaba tanto. Si á lo ménos obtiene la pacificación del Soldan, si consigue llevar á feliz término la empresa de organizar políticamente aquella región, podrá perdonarse á Gordon, en gracia del éxito, lo que ahora suscita las quejas de la opinion inglesa.

Esta era la primera parte de la misión del general inglés: la segunda, librar á las guarniciones egipcias sitiadas por las tropas de Oghman-Driga, el lugarteniente del Mahdi, ha sido encomendada por Inglaterra al general Graham; pero á pesar de la prisa con que se han enviado á Suakin 5.000 soldados ingleses, la guarnición de Tokar que dista 60 kilómetros de la costa de mar Rojo, ha debido rendirse y no andan muy lejos de Suakin las avanzadas de los del Mahdi.

No es posible prever qué fin tendrá la cuestión egipcia: el misero Tewfik trata de renunciar su deleznable autoridad, y en París y en Londres, agentes del jedive han comprado fincas á su nombre. Es lo mejor que puede hacer.

V

El atentado de Corneto, según todas las apariencias, no ha sido una tentativa de regicidio; no hay más base que la declaración de un soldado «ejemplar pero de pocos alcances» como ha dicho el Sr. Genala en nombre del señor Depretis, en la Cámara. En cuanto á las huellas del atentado, la botella que Varichio declara haber encontrado al perseguir á los que momentos antes de pasar el tren régio, le hicieron algunos disparos, sólo contenía, según el mismo ministro, 175 gramos de pólvora mezclados con 70 gramos de fragmentos de vidrio, cantidad insuficiente para causar el más insignificante deterioro en el tren régio. En resumen, añadió, el Sr. Genala, los rails y la vía han sido hallados intactos, por lo cual hay que suponer que sólo se trata de un ataque contra el soldado referido.

Esta misma creencia comparte el rey Humberto que al contestar á un telegrama de felicitación del *sindaco* de Turin, declara que la agradece, pero que no cree que se tratara de un atentado contra su persona.

De todas maneras el primer movimiento producido en Italia por la noticia del suceso, indica que el rey Humberto tiene para su trono una base segura: el cariño de los pueblos. De todos los puntos de Italia se enviaron telegramas, los periódicos protestaron unánimes contra el atentado, el cuerpo diplomático se adhirió á estas manifestaciones y el mismo Leon XIII hizo saber al rey la indignación que le habría causado el suceso.

VI

Pocos sucesos más se han registrado en la última quincena; la nota del cardenal Jacobini protestando contra la sentencia del Tribunal supremo italiano, que declara convertibles los bienes de la Congregación de *propaganda fide*; la contestación del Sr. Mancini, también en forma de nota diplomática, declarando que no se trata de un acto del gobierno, sino de una sentencia judicial; la crisis servía que ha dado el poder á Garachanine, un antiguo ministro progresista del gabinete Pirochanatz; y la rigurosa aplicación que de la suspensión de las garantías constitucionales hace el conde Taaffe primer ministro austriaco, son los hechos que han ocupado más la atención de la prensa europea, fuera de los antes señalados.

CÁRLOS MALAGARRIGA
Redactor de *El Progreso*

D. EUGENIO DE OLAVARRIA

(Conclusion)

No muchos días después de esta carta, escribió otra que terminaba con esta noticia:

«Los tres amigos seguimos inseparables, Nuñez de Arce, Carlos Rubio y yo. No puedo decir á Vd., cual de los dos me muestra más estimación, ni á cual de ellos quiero yo más. Son muy buenos los dos; pero lo que es por esto sólo, temía más bien que no me durase mucho esa amistad, hasta que me convencí de que eran pobres, si no tanto como su hijo de Vd., *piquis* ménos. Ellos dicen que *piquis* más, y nos reimos en grande. Qué me acuerdo de habérselo oído decir muchas veces á Vd.:—pobreza y ternura de corazón van siempre trenzadas. Pero dígame; se debe el ser pobre á tener uno el corazón tierno, ó la ternura de corazón nos viene de la pobreza? Esto último, no lo creo; porque yo me pongo más en guardia contra el que me mira de reojo, y me siento más orgulloso cuando no tengo un real en el bolsillo; Pero, en fin, el caso es que nos queremos mucho los tres amigos, y hemos reunido nuestros capitales en una caja, como lo están nuestros corazones en un mismo lazo. Es decir, en una caja no, sino en un sólo bolsillo, y éste es del chaleco de Carlos Rubio. Va el pobre vestido con tal primor y limpieza, que es imposible que nadie crea que lleva ni un ochavo consigo. Así, tenemos seguro nuestro capital, lo que le manifiesto á Vd. á propósito de sus encargos de que no nos metamos en jugadas de Bolsa. Y ahora le diré, que el que debe andar en estas andanzas es D. Martín, su amigo y mi apodado. Ultimamente, me dijo en su lonja, que había bajado mucho el despacho; me lo soltó desde que me vió entrar; y sin esperar á que yo hablase una palabra, me dijo que no podía darme la mesada por ahora, entera; pero si una parte de ella en quesos. ¡Dios mío, en quesos de bola! Consentí ¡qué remedio! que me mandara veinte á casa. Sin saber este percance de mi pobreza, ha escrito el gran poeta Hartzenbusch una fábula, en que se encuentra este verso, casualmente:—*¡Está oscuro—y huele á queso!*—Lo que hacemos los tres amigos, es llevarnos todos los días un queso al café; y allí, por la mayor parte de la bola, nos dan café con leche y pan, y con esto y con lo restante del queso, que es esquisito, hacemos unos almuerzos de grande inspiración, porque Gaspar hace versos, Carlos artículos y yo te escribo á tí, mi primer amigo. Nuñez de Arce dice, que le diga á usted que se consuele, que yo solo estoy pasando ya *quesadumbres*; en lo cual, por fin, las letras solas para que Vd. vea, han cambiado ya mis *pesadumbres* de los primeros meses...»

Si hemos insertado aquí fragmentos humorísticos que dan mejor que pudiera hacerlo la ponderación de mi pluma, idea del hermoso carácter de Olavarría; no debemos vacilar en añadir otro en donde el que había de vivir y morir periodista acertado, mordente, implacable, se revelaba como poseyendo un alma de poeta, nacida para los goces y los sufrimientos que produce la belleza bien contemplada.

«...Ya van tres veces lo ménos que me recomienda usted que no deje de visitar el museo del Prado y que le comunique algunas de mis impresiones. En la anterior que ha debido cruzarse con la de Vd. que recibí anoche, le hablo largo y tendido de los cuadros que más me han llenado de gloria, hasta hacerme olvidar de mis *quesadumbres*, sin que esto sea decirle que mi predilección sea por Van-Ostade y los otros bodegones de la escuela holandesa. Le repito á Vd. que Velazquez solo, ó Murillo, aunque no hubiera habido Velazquez, valen la pena de un viaje á Madrid, y el dolor de no ser menina ó menino, ó siquiera el enano en medio de la familia de Vd.

«Y ahora permítame Vd. que yo le diga otra cosa. Por bella que me parezca toda creación del génio humano, nada me admira tanto como los rayos y las sonrisas de este cielo de Madrid sobre una frente de mujer graciosa. Que son muchas de ellas viajeras del cielo, no me queda duda, pero por qué diligencia llegan aquí, es lo que ignoro. Y por saber eso, y por hacerles despegar los labios para escudriñar de donde les vienen las sonrisas que hacen espumar sus encantos, diera lo que todavía no tengo, la amistad de Olózaga, la intimidad con Prim y hasta la posibilidad de ser compadre de Espartero. Pero no tenga Vd. cuidado. Yo soy un Aristides que dejo á un lado la virtud severa solo por algunos días, los domingos, *verbi-gratia*, para dirigir mis adoraciones á la belleza pura. ¡Oh! cuando ellas salen de misa y parece que se traen consigo el altar á la puerta de la iglesia y están estremecidas aún de haber recibido á Dios en su pecho; ¡quién diablos no ha de querer ponerse detrás de las crucecitas de sus gargantillas! Y rara es la vez que yo asisto á esas misas sin rezar cosas como esta:—¡Benditas seais, oh jóvenes ya benditas sin que yo lo diga! Huid de todo lo que no sea iglesia y altar. No ameís á nadie que no se asemeje al par que os acaba de divinizar. No ameís, porque sobre las cosas blancas no puede haber nada que no resulte negro y manchadizo. Si os conservais siempre como

en este instante, los hombres cesarían de ser culpables!...»

Aún no había cumplido los 18 años y ya se contaba de Olavarría en los teatros, en las redacciones, en los círculos literarios, formados paulatinamente entre los asistentes asiduos á seis ó siete mesas de café, que el mozo llevaba escritos y publicados artículos importantes sobre diversas materias y poesías delicadas que fácilmente se aprendían de memoria. Con estos elogios, no se reconocía el talento de Olavarría ni más ni ménos que el talento de otros literatos precoces; pero lo que de él se añadía con admiración, no se ha repetido hasta ahora tratándose de los demás aficionados á las letras, como que no era él aficionado sólo, sino apasionado amigo del arte, por irresistible vocación. Decíase, pues, que el jóven D. Eugenio, no solo escribía, sino que hacía escribir. Con sus consejos, con su entusiasmo contagioso, con su estímulo, con apuntes y con asuntos que escritos á medias guardaba para trabajarlos á su tiempo, obligaba á otros á darse á conocer en originales y bien meditados composiciones, rasgo de desprendimiento increíble que acabó de ganarle la reputación de poeta, conforme á la frase proverbial antigua:—«De médico, poeta y loco...» Como de lo último poseía una dosis disparatada aquella alma generosa, nadie dudó que de todo lo demás fuesen las dosis en idéntica proporción. Olavarría, después de tan gloriosos ensayos, se decidió á buscar la inspiración en la escena, entóces tan loca y generosa como él á favor del romanticismo. Entonces pasó sus *quesadumbres* en uno y otro teatro, estudiando á los actores, procurando amarlos y admirarlos con la esperanza de hacerlos algún día vivir por horas bajo el dominio de su inspiración, en obras dramáticas interesantes. Pero aquí Olavarría, por exceso de timidez, por desconfianza en sus propias fuerzas, ó por que esa fuese siempre su manera de prepararse á hacer algo decididamente, empezó por ser maestro consejero antes que discípulo; dió los bosquejos de sus primeras concepciones, sus primeros argumentos para dramas y comedias, á varios amigos suyos, y estos efectivamente se estrenaron en piecitas jocosas, unas, serias y fantásticas, otras, cuyas ideas y gracias procedían del fecundo Eugenio. De suerte, que algunos autores amigos suyos, no eran sino actores de su teatro especial en preparación. La trama acogida de estas obritas, prestadas en parte, vencié al fin su timidez nativa y se decidió á desembozarse y dar á la escena un poema dramático de interés. Se representó con el título de *Una dula en el alma* ó *El Embosado de Córdoba*. La crítica de aquella época aplaudió la obra y mimó al autor con lisonjas expresivas. Rosa Gonzalez, el más descontentadizo de los que por entónces criticaba la falta de libertad en la política, á la vez que los excesos de libertad en el teatro, se dió á sí mismo la enhorabuena por haber dado con una esperanza gloriosa del arte en el autor novel del *Embosado*. A aquella linda composición literaria, siguieron otras con aplauso acogidas, y nunca rechazadas por la crítica teatral. Entre ellas he contado las siguientes, y no en la librería del autor, que propiamente no tuvo librería nunca, ni en sus años de comodidades y desahogos pecuniarios; sino en los cartapacios de la *Galería de obras dramáticas*, de casa de Cuesta: *Don Carlos de Austria*, drama como el anterior, en tres actos y como el anterior representado por Valero. *El caballero pobre*, melodrama en dos actos representado por Romea. *Los esfuerzos de Gaspar*, pieza en un acto que representada por Mariano Fernandez, hizo reír y aplaudir muchísimo á D. Gaspar Nuñez de Arce, uno de los íntimos de Olavarría y su compañero en apuros y *quesadumbres*. *Narcisita*, otra pieza muy graciosa en que el alma de Olavarría se enamoraba á sí misma en un manantial de chistes. *En paños menores*, otra apología *sui generis* de la pobreza dorada, digámoslo así, del poeta. *Margarita*, zarzuela en tres actos, escrita en sueños; sí, soñando con la de Fausto. *La india*, arreglo dispuesto en pocas horas con la colaboración del Sr. Ortiz de Pinedo otro literato ilustre, amigo íntimo de nuestro biografiado. *Miguel el esclavo*, otro arreglo debido á un diálogo animadísimo entre dos almas ébrias de amor á la libertad, Fernandez y Gonzalez, el autor de *El pastelero de Madrigal*, y Olavarría autor de algunos cuentos y artículos jocosos que no llevan su nombre.

Hay otros dramas y comedias, y otros cuentos y otras novelas, de cuyos títulos y número me ha sido imposible obtener noticias exactas. Pero ya está dicho que para mayores empresas estaba reservado el talento indisputable, el génio y el carácter de D. Eugenio. Su deseo de producir le arrastraba al trabajo diario, perentorio, calenturiento, de la prensa política, sus miras se fijaban en más espléndido teatro, en donde su reconocida superioridad de autor podría hacer saltar siquiera y aun dar estallidos á los malos actores y saltimbanquis del primer espectáculo público de Madrid, la esfera gubernativa.

Aquí fué, aquí, donde Olavarría tomó posesión de sí mismo y halló la unidad y significación de su vida; aquí fué donde encontró su pluma por ningún otro toda. Apóstol de la libertad contra los excesos de la autoridad avasalladora, reclamara un día y otro día la igualdad de los hombres ante la ley, ante la patria y

ante la vida; y fuera cual fuese el punto á que se le llamara á la defensa de un principio moderno conculcado por la política de resistencia de los antiguos conservadores ó tradicionalistas, fuera cual fuese la forma en que se reclamara su cooperación, artículo de fondo, suelto, anécdota, noticia hipotética, grito de alarma, sátira, epigrama, allí acudía con la prontitud eléctrica del fiel, allí acudía con el pensamiento oportuno, con la seriedad ó con el chiste, con la indignación ó con la jovialidad que más convenían al urgente caso. La causa noble del momento podría sucumbir; pero Olavarría, su paladín primero, había de darla por cómplice la emoción universal, el aplauso de muchos adversarios ó no, para que los anales del periodismo no guardasen de tales peleas, más que la valiente é inmortal protesta del vencido. En las redacciones de los periódicos, en la de *El Universal*, en la de *El Progreso*, en la de *La Iberia*, en la de *La América*, en otras muchas, fué donde acabó de educarse nuestro amigo para la perseverancia eficaz en la lucha por el progreso. Allí, lo mismo que antes al fuego y á la claridad de las lecciones y de los ejemplos paternales, allí, bajo la acción penetrante de la profesión periodística, fué que tomó raíz en su corazón el ferviente culto de la independencia personal, el sagrado amor del derecho, el odio á todo lo que le oprime, le desfigura, le desconoce ó le amenaza, la invencible necesidad de la libre palabra, de la prensa libre, defendiendo el pensamiento libérrimo; la necesidad de todas estas religiones, que son las propiamente nuestras, de nuestro siglo en sus postimerías, y sin las cuales nada tendríamos ya que hacer, nada grande podría ya nacer y vivir entre nosotros; sin las cuales perderíamos hasta la noción de justicia, tolerancia y libertad.

El estilo de Olavarría no era brillante, ni menos deslumbrador. La oportunidad era lo que resplandecía con verdad y se escondía en sus conceptos y en sus palabras, e locadas éstas de modo que tal sustantivo junto á tal adjetivo, se aguzasen recíprocamente, como suele afilarse un cuchillo por medio de otro. Pero ni en sus artículos más profundos, ni en sus crónicas y sueltos más joviales, hay que buscar las gracias premeditadas del moderno conceptismo, género más en voga hoy entre nosotros, que un tiempo entre los italianos la dulce malicia de *gli concetti*. Ni hay que buscar tampoco en ningún escrito de Olavarría, especiales seducciones de forma, ni juegos de pensamientos ó de palabras que preparados de antemano en la cartera de apuntes, se diatan luego y eterizan, y aparentan ser improvisaciones, en el trabajo de ampliación, bajo la pluma privilegiada que confecciona el artículo. No que Olavarría despreciase estos primores: al contrario, los celebraba en los otros, pero al fin, para sus trabajos es cierto que los desdeñaba, y como él propio confesaba en cierta ocasión á unos cuantos amigos admirados de su modestia, él no solamente no sabía escribir de esta manera, sino que no sabía leer estas cosas, ni comprenderlas claramente. Su fuerza estaba pues, en otra manera, y la preparaba su dureza necesaria recogiendo en la contemplación idolátrica de su causa y de su sistema.

A Olavarría le gustaba extremadamente afectar hábitos de pereza, y una vez aseguró entre los compañeros de una redacción, que no trabajaba nunca más de tres ó cuatro horas por día, que propiamente sus artículos mejores eran improvisados, como que desde la edad de diez y ocho años y desde las *quesadumbres* del año 48, sólo vivía de impresiones picantes. Aseguraba también que había sacado sus pensamientos más sólidos de una botella, y que había conseguido bajarle los humos, á más de un personaje político, aconsejándose de un mazo de pueros de Vuelta-abajo. Pero no todo era verdad en estas afirmaciones de humorismo. Nuestro amigo era intensamente estudioso, estudioso ante el libro, estudioso ante el hecho político del día, estudioso ante el alma que pretendía revelarse á él, ó esconderse de él, ó engañarle en fin. Los literatos egoístas viven de continuo en interminable diálogo consigo mismos. Estos no tienen orejas hácia fuera; y rara vez, ó casi nunca, atienden á lo que pasa en derredor de ellos, por que les es imposible suspender sus conversaciones interiores. Olavarría no pertenecía á esta pléyade, oía consejos, oía censuras, oía sarcasmos, todo lo oía, cuando se trataba de servir á su causa ó de corregirse á sí mismo. Por eso podemos afirmar en contra de sus afirmaciones geniales, que jamás dió al público trabajo alguno, breve ó largo, que careciera de la intervención lenta de una lima... sorda... no, por que sería esto contradecir y no confirmar lo dicho sobre la facultad auditiva de su inteligencia, y de su amor propio de vate, nunca indócil.

¿Nació poeta? No. ¿Nació autor dramático? No. ¿Nació hombre de ciencia? No. ¿Nació artista en toda la extensión de la palabra? No. ¿Nació patriota? Sí. ¿Nació político? ¿Qué sí! ¿Nació periodista? Sí, sí, oh! sí, mil veces!

La literatura periodística, las luchas de la prensa que comienzan con prensas sobre muchas vidas, antes de pasar por la de la imprenta, prensas sobre el corazón, sobre el cerebro, sobre las afecciones deleitosas del hogar, sobre las conveniencias é intereses del obrero del periódico, absorbieron su existencia. Se puede decir que el trabajo mental combinado con el material á

que constriñe la propaganda de una idea moderna, ó de un periódico naciente, era en nuestro amigo una como secreción, por procedimiento natural ineludible. El trabajo mal remunerado era para su corazón, necesidad ó remedio apremiante, con el cual conseguía consolarse del porvenir no entrevisto como él quisiera, á favor de la tierna y delicada Carmencita, su hija última, su preocupación, su idolatría, su sueño, su América personificada en serafín de diez años. Olavarría escribió en un principio para sacar pan del tiatero, y luego para derramarlo desde la prensa, y luego para multiplicarlo desde la política. Sus gastos siempre y siempre fueron mayores que sus entradas. ¿Qué puja entre los unos y los otros! A gastos imprevistos, entradas improvisadas, á necesidades del momento, creaciones de un segundo, al hambre de mañana el sueño de esta noche. Pero en verdad, en verdad que el milagro de la multiplicación de los panes y los peces no le fué desconocido, como nunca desconocido le fué el otro de la multiplicación de Olavarría, de su yo, en donde quiera que hubiese necesidad de sus socorros ó de su colaboración. Para esto aceptó un aforismo de la vida á que no todo amor propio se doblega; ni rechazar lo posible por orgullo ó resentimiento de que no fuera lo mejor. Tuvo defectos en sus escritos, en sus cálculos, en sus cam nos, pero no por falta de trabajo, no por falta de buena voluntad, no por desfallecimiento en el amor á su ideal ó á su deber. Acaso sí, por otra causa, por que hay naturalidades viriles que están destinadas á revelar su génio superior, más bien en sus mismos errores, que en los triunfos que de ellas se esperaban.

¿Y cual fué la recompensa? Doblemos esa hoja. ¿Eso no! Bastantes tuvo que doblar Olavarría para practicar el perdón y saborear ya que no otros alimentos del alma, las delicadezas de aquel precepto: —Bien callado sea lo que no ha de resultar bien castigado. ¿Qué premios mereció á los amigos, á los gobiernos que le desmerecieron en los días de pujanza para ellos y de recargo de servicios para él? Como no fueran un destino en Hacienda que duró poco, y otro destino en el ministerio de Estado que no le dió tiempo para dar á conocer sus excelentes aptitudes, y el título inútil de jefe de administración con no sé qué tratamiento que no le salvaba de los malos que le había dado, y había de seguir dándole su mala estrella; como no fuera esto, y promesas tentadoras de amigos y adversarios, otra cosa no grangeó el soldado de la idea que le supiese á recompensa equitativa, ni que le oiese siquiera á reconocimiento de amigos leales. Sus sátiras punzantes no fueron sangrientas, sus epigramas no eran puntas envenenadas, sus diatribas no se extremaron en calumnias, sus argumentos no aplastaban, su oposición no fué de mala ley, sus intenciones nunca fueron de las que se celebran comparándolas con las de un toro, en la jerga corriente entre los lectores de diarios. ¿Pero eso qué? Los servicios de Olavarría no eran adulaciones, sus adulaciones en todo caso, no eran musicales, de aquella especie de música, que según Hoffmann, el fantástico sensible, se asemeja á la lengua del león que lamiendo suavemente, arranca la tira de pellejo.—Olavarría conoció á Olózaga que valía mucho, á Prim que podía más, á Sagasta que si no valía tanto, tampoco podía menos. A Aguirre que siempre deseaba que se le hiciera justicia. A Narvaez que le hubiera de cierto favorecido si Olavarría hubiera querido enfermarse del corazón, ó de alguna otra cosa, y entrar como convaleciente en un ministerio. Se hizo buscar por Gonzalez Brabo, oyó halagos de Ayala, de Leon y Castillo, de Becerra, de Rivero, de Martos... Ha merecido por fin un apretón de manos del señor Cánovas. ¿Y qué? Nada, que nada. La recompensa no vino por aquí. La policía, sin embargo, le proporcionó algunas de no escasa importancia, le distinguió constantemente, haciéndole blanco de sus sospechas, de sus prevenciones, de sus pesquisas, de sus trabajos secretos. Conocía tan á fondo el corazón del político liberal, que en ningún caso dejó de pensar en él, antes que en otro, cuando se trataba de alguna carcería á favor del orden vigente. Escapaba Olózaga de la vista de los sabuesos. ¿A donde iban á buscarle? A casa de Olavarría. Había que prender á Prim. ¿Cómo sorprenderle? Buscar antes á Olavarría. Aguirre estaba escondido. ¿En donde? Si Olavarría no fuera tan disimulado! Asquerino, Sagasta, Rivero estaban fuera de todo alcance policiaco. ¿Como dar con el secreto de aquellas desapariciones? Imposible, si el secreto era lo más escondido en el corazón de Olavarría. Así fué como éste, amigo hábil y seguro de todos los perseguidos, recorrió todas las guaridas salvadoras, todos los rincones discretos, todos los subterráneos elementos, todas las catacumbas de mártires vivientes, que enriquecen y glorifican las entrañas del Madrid sano, imparcial, hidalgo-gato, como se llamaba la familia más noble, de entre los que le fundaron ó cristianizaron. Hay en Venecia, según leyendas, senderos secretos en laberinto interminable, siguiendo los cuales, se puede cruzar de un lado á otro, y rodear la gran ciudad del Adriático sin necesidad de pasar ni una sola vez, por sus canales indispensables, ni servirse de sus puentes, ni de sus góndolas. Laberintos misteriosos como estos, conoció Olavarría, para salvar por sus vías tortuosas, á mu-

chas víctimas de los gobiernos triunfantes, esquivando las mil lagunas de sangre ó de fango, que suelen ó solían correr, entonces por Madrid, Venecia de mascaradas políticas, con el nombre de pronunciamientos ó casi revoluciones.

Pero no, el verdadero premio acordado á sus afanes lo recibió y gozó D. Eugenio Olavarría en el santuario del hogar doméstico.

Pocos trabajadores han sabido dedicarse á su trabajo con frenesí, reservando lo más tierno, lo más amante, lo más delicado y virginal del corazón para los vínculos de la familia, y las caricias, y las emociones, y las vicisitudes de un interior siempre iluminado por el buen humor, la paciencia y todas las virtudes providentes que hacen blandos y sonoros los incentes nidos. Olavarría tenía esto de comun con su amigo el batallador Calvo Asensio. Hombres en el estudio de la política, titanes en las redacciones, se volvían niños, muy niños, hermanos menores de sus propios hijos, en cuanto regresaban á sus umbrales queridos. Cuando el niño mayor de Olavarría, su otro él por el nombre para que lo fuese también por la virtud, empezó á hablarle á su madre, el padre, rendido de cariño, escribió la sentidísima poesía, de la cual copiamos tres estancias fiándonos de la memoria:

*Imágenes de oro allá en tu mente
En danza te acarician infantil,
Y yo en mi lecho sin reposo, celo
Pensando solo, dulce niño, en ti.*

*¿Qué importa que me muestre la fortuna
Negras sus alas, si las veo en ti
Muy blancas en las risas de tus labios
Y en cada beso de tu amor feliz?
Ven mi segundo ser, mi vida nueva,
Tu suerte con mi suerte á confundir.
¿Qué fuera de la mía sin tus gracias?
¿Qué de la tuya, dulce bien, sin mí?*

Otro amor filial dominaba en el corazón de Olavarría, en estos últimos años, que le arrastró á sacrificios de todas clases, no siendo los menos dolorosos los que herían su amor propio teniendo que exigir á sus colaboradores trabajos poco menos que improvisados y sin remuneración alguna. Era así el amor que profesaba á *La América*, revista que en sus primeros tiempos alcanzó una importancia extraordinaria, tanto en la península, como en las repúblicas hispano-americanas. Pero ningún contratiempo hizo decaer su interés por la vida de una publicación que últimamente le producía solo recargos de calentura y frecuentes agravaciones en sus dolencias, y pérdidas de amigos y dinero. Esta revista tiene también su historia original, y pasajes de esta historia la asemejan al mundo cuyo nombre lleva. No recordaremos más que uno, que servirá como prueba concluyente del invencible cariño de nuestro periodista á uno de los periódicos que ayudó á fundar. Algunos días después de su muerte, se encontraron en la gabeta principal de su escritorio, varias papeletas del Monte de Piedad, que representaban una cantidad de consideración. Para pagar la impresión y el papel de *La América* en una época de apuro, se había visto Olavarría en la precisión de empeñar joyas y juguetes preciosos de su amada niña. Hay ahora en aquellas alhajas de la huérfana un mérito que las iguala con las que cayendo de la corona, del cuello y de las manos de una reina, sirvieron para el descubrimiento de la América de Colon. ¿Cuántos sacrificios, cuántas inmolaciones semejante á esta última no habrán puesto á prueba la firme vocación del periodista D. Eugenio en su larga y accidentada carrera! Cuando en la tarde triste y fría de su entierro, se despedía el duelo media hora después de cerrada la sepultura, una anécdota poco seria, de las que divierten el primero de Noviembre á los que visitan á sus muertos y hacen decir respuestas por el descanso de sus almas, acudió á mi memoria, pero con dejos de ironía menos risibles. La recordé viendo á una señora mayor que arrastraba lutos, acercarse al capellan del cementerio como para disponer sufragios especiales, tal vez por su difunto. No sé por que se me figuró que aquella viuda, por que sí, debía ser una viuda, representaba la prensa española. Hacía signos negativos con la cabeza; mientras el clérigo la hablaba como argumentando, y no necesitó ver más para suponer, para oír que se renovaba allí el diálogo de la anécdota consabida. Después de todo ¿á qué gastar en honras fúnebres? decía la prensa agobiada:—Él debe estar en el cielo.—Yo no me atreveré á decir que esté en el infierno, señora; añadió el capellan.—Y en caso de que allí estuviera, replicó la prensa; el *nulla est redemptio* inutiliza nuestros gastos y lamentaciones.—Lo prudente y piadoso será, pues, suponerle en el purgatorio.—Eso no, padre, eso no, exclamó entonces la prensa deshecha en llanto. El purgatorio lo pasó conmigo en este mundo.

¡Verdad, verdad, pobre Olavarría! Pero tu has muerto con una esperanza al menos, cuando todos los que dejabas en vida la estaban perdiendo mientras te enterraban. En aquel momento caía un gobierno liberal y subía á sustituirle otro, en tu concepto reaccio-

nario. El repentino cambio añadía sombra á la tristeza del cortejo fúnebre. Entonces recordé palabras tuyas pronunciadas en otros días de desaliento y estática sorpresa para tus amigos:

—«No temais, parece que retrocedemos, pero no es verdad; esto no es más que un alto. Os lo digo con la misma animación con que el capitán del barco responde: ¡Seguimos bien! cuando el barco sin un soplo de viento en las velas se mantiene días y días clavado casi sobre una misma ola del océano. Y el experimentado marino, para confirmar su opinión, señala entonces á los pasajeros descorazonados la brújula, revelando que el barco se mantiene siempre, y á pesar de la calma, en dirección al puerto deseado.—Esto basta, añade, para convencernos de que no hemos perdido el camino ni la posibilidad de llegar. La calma que mata el progreso se ha declarado una vez más para nuestra patria; pero no temais, os digo, el corazón de España se mantiene firme en dirección á la libertad.

¡Querido Olavarría! Tu alma llegará también á puertos deseados, que seguramente tu noble corazón jamás perdió de vista. Así lo esperan los que no te olvidan.

TRISTAN MEDINA.

LOS HISTORIADORES DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA

Las causas y peripecias que prepararon y realizaron, después de una revolución de once años, la separación política de la Nueva España de su metrópoli, han sido apuntadas, escritas, comentadas por muchos hombres eminentes; pero estos trabajos adolecieron de un defecto, y era que estaban hechos por los actores ó los interesados de aquella evolución social.

Entre todas esas obras históricas, ha prevalecido por largo tiempo la que escribió D. Lucas Alaman, que en el fondo no viene á ser como las demás, sino una diatriba política contra los enemigos de sus ideas.

De la preponderancia de la obra de Alaman me he convencido una vez más, cuando he visto que D. Francisco de P. Arrangoiz, en una obra publicada hace años en Madrid, y mi amigo D. Niceto Zamacois, en una historia general de México, que acaba de ser impresa en Barcelona, seguían, no sólo el método, sino hasta la narración textual de Alaman.

Si embargo, la obra de Alaman no es la única, ni la más imparcial, y se va en este artículo á registrar los demás trabajos y algunos superiores al enunciado antes, que se han escrito sobre la época en que el pueblo mexicano proclamó, realizó y comenzó á usar de su independencia política.

La *historia de México*, por D. Lucas Alaman, hoy agotada é *incontrable* en las librerías, consta de varios tomos y abraza desde la destitución del virey Iturrigaray en 1808 hasta un año antes en que el autor entrase á formar parte de un célebre ministerio que compraba con dinero la secuestación y la muerte de sus enemigos, y que vió imposible fusilar al más abnegado de los patriotas mexicanos, al general Guerrero, segundo presidente de México.

La crítica histórica se ha inclinado, sin embargo á absolver á Alaman de estos hechos, y bajo la fé del Sr. Lafragua se ha hecho constar que votó en contra de esas medidas.

La obra del Sr. Alaman es la más considerada en Europa por varias razones. Porque escrita con un criterio contrario á la independencia mexicana, halagó los intereses lastimados por ella, porque su estilo atractivo y su narración fácil la hizo accesible á la lectura y porque tuvo una ventaja, en la que se fijan poco los autores: la belleza tipográfica. La obra de Alaman es un verdadero monumento tipográfico, hasta el punto que hoy mismo no se imprime en Europa, con la limpieza, el esmero y el gusto con que se imprimió ese libro en México. Contiene además una serie de retratos, de planos y aún de vistas litográficas, ejecutados con esmero. Los retratos estaban tomados de algunos ejecutados en cera, y las vistas de daguerreotipos.

Pero en el fondo, Alaman era un parcial, un enemigo de la independencia; su obra, si se la examina friamente, es un folleto político en

seis tomos de 500 páginas cada uno, que comienza con elogiar la prosperidad colonial y concluye con una especie de maldición sobre la raza mexicana.

Por esto es que todos los elogios que le prodigan algunos mexicanos que solicitaron la intervención europea en México, sean pagados con usura con odio profundo por los pertenecientes á la generación actual, que en allá ha desmentido las predicciones de Alaman.

Sin embargo, la coordinación de los hechos, la serie cronológica, los diversos documentos insertos en ella, la hacen apreciable como obra de consulta. De desear sería que la familia del Sr. Alaman permitiese la reimpresión de esta historia, cuyas ediciones están agotadas, y así se impediría que otros historiadores más que parciales, estuviesen plagando continuamente, sin talento y sin criterio, este trabajo histórico.

La parcialidad de Alaman debe achacarse á la época en que escribió; su falta de fé patriótica á su educación; pero dejando aparte sus apreciaciones, el método que siguió es claro, sencillo y práctico.

A menudo desfiguraba los hechos, y de algunos documentos que creía imposible que otros poseyesen, hacía citas como el diablo cuando cita la Biblia cambiando la puntuación y cortando los párrafos. Así lo hizo con la historia del P. Mier de que se hablará más adelante.

Pero ya en el ocaso de la vida más avanzada, se levantó un espectro de la lucha de independencia, y con la respetabilidad que tiene todo el que vá á dejar á la posteridad sus recuerdos al borde de la tumba, el Sr. Liceaga que habia presenciado aquellos sucesos, publicó en Guanajuato, en la imprenta de D. Encarnación Serrano, allá por los años de 1869 á 1870, una refutación de Alaman que debia ser añadida á todas las ediciones ulteriores, en prueba de imparcialidad.

De esta obra nada han dicho los copistas de Alaman en Europa.

La historia de Alaman con todo y sus bellezas tipográficas, reconocia un fin político y una necesidad de lucha; pues en sus variadas notas se vé que no era sino una contestación al *Cuadro histórico* de D. Carlos María Bustamante.

Del *Cuadro histórico* se han hecho dos ediciones, una por serie de entregas y otra con retratos y planos. Bustamante formó con Morelos parte del primer Congreso mexicano en 1813, y su obra es de una parcialidad suma. Su único mérito consiste en su orden cronológico, en la profusión de detalles que contiene; pero su estilo desigual, sus exageraciones, sus arranques líricos, impropios de un historiador, lo convierten en el rival vencido por Alaman, bajo el punto de vista dialéctico.

Sin embargo, Bustamante dejó además sobre aquella época, en la que figuró como actor importante, dos obras, que como la anterior, pudo escribir con la facultad que se le dió de registrar los archivos públicos. Una de estas obras es la intitulada: *Las campañas del general Calleja*, que ilustrada con varios planos, explica perfectamente, aunque con pésimo estilo, las operaciones militares de la insurrección acaudillada en 1810 por Hidalgo y Allende. La otra es la continuación que escribió á la historia del dominio vireinal del padre jesuita Cavo, y que prolongó hasta el imperio de Iturbide. Esta obra que se conoce vulgarmente con el nombre de *Los tres siglos de México*, es ya sumamente rara; y su continuación por Bustamante está desprovista de todas las exageraciones de sus demás trabajos.

Se escribió también otra *Historia de la revolución de Nueva-España*, por el Dr. D. Servando Teresa de Mier. Esta obra comenzó á publicarse, subvencionada por el ex-virey de México D. José de Iturrigaray, antes de que concluyese el juicio á que fué sometido; después la continuó Mier por su propia cuenta; ocupa dos tomos y fué impresa en Londres. Se ha dicho que el total de la edición se perdió en un naufragio en la ruta para Buenos-Aires. El caso es que en México, ya desde la época de Alaman sólo existían dos ejemplares, y que

uno de ellos, el que yo he consultado, perteneció al mismo D. Lucas Alaman. Al verlo me convencí que todas las citas que este historiador hacia de la obra del P. Mier, eran incompletas y estaban truncadas.

El carácter fogoso, el espíritu inquieto del Dr. Mier, se apropiaban poco á registrar con toda serenidad los acontecimientos que veía, y en los que deseaba tomar parte. La erudición de este hombre extraordinario, era inmensa, su amor á la verdad y la justicia le acarreó persecuciones enormes, su actividad, enemistades sin cuento; pero ante nada se doblegaba su entereza. Fraile dominico era, y doctor de sagrada teología, cuando un día delante del virey, de la inquisición, de la audiencia y de más de 3.000 fervientes devotos, sostuvo desde el púlpito que era mentira la aparición de la virgen de Guadalupe, en el templo mismo en que se adora su imagen. De este rasgo de audacia dependió su suerte. Preso, remitido á España bajo partida de registro, fué consignado y encarcelado en el convento de Nuestra Señora de las Caldas; más tarde llevado á Búrgos, de allí escapó; fué cónsul en Lisboa, vicario de San Sulpicio en los últimos años del Directorio, y por último, nombrado en Roma familiar del papa y obispo *in-partibus*. Pasó luego á Londres donde publicó su obra y, convenció á D. Francisco Javier de Mina á que hiciese su expedición á México, al cual acompañó. Apenas habia desembarcado la expedición de Mina que hizo en corto tiempo temblar el poder vireinal, cuando el P. Mier era hecho prisionero y encerrado en el castillo de Ulua, de donde no salió sino cuando Iturbide era ya emperador. Al saber en el muelle de Veracruz que el generalísimo se habia ceñido la corona imperial, exclamó: *Voy á predicar el regicidio*; y se dió tal maña, que apenas llegó á la capital, fué de nuevo preso.

La obra del P. Mier se resiente de dos defectos: de una ironía más propia del polemista que del historiador, y de un exámen detenido de ciertos detalles, que nada significan al conjunto; pero su estilo, su lenguaje, su método, son en mucho superiores al de los historiadores antes citados.

Como de mayor mérito, y así se registran respecto de ese período histórico (1808-1831), otras dos obras escritas por pensadores eminentes.

Una es *El ensayo histórico de las revoluciones de México*, por D. Lorenzo de Zavala.

Esta obra fué impresa en París en dos tomos, y yo no conozco ninguna edición mexicana de ella.

Zavala tuvo un papel importante en los primeros años de la vida independiente de México; pero su obra sino es completa como historia, bajo el punto de vista de los detalles y de la serie cronológica, sí está tallada en la piedra en que se labran las grandes concepciones. Sóbrio en su estilo, corto y gráfico en sus frases, sin énfasis, sin arranques ni decaimientos, sin que el vigor del período se debilita nunca, el libro del historiador yucateco, es de aquellos que se leen varias veces con encanto y cuya lectura entona. En lo que sobresale es en el juicio y la pintura de los caracteres morales que retrata en pocas y sorprendentes líneas. La introducción que precede á su obra es un documento que registra con admirable maestría todos los problemas sociales de México independiente; pero su obra se resiente de que está escrita, sobre todo, la segunda parte, por un actor de los acontecimientos que refiere.

La otra obra es la del Dr. Mora, espíritu superior que dió el primero el grito de alarma para la reforma social de México, que después realizaron Juárez y Ocampo, y cuyos restos yacen olvidados de su patria en un rincón del cementerio Montmartre en París.

La obra de Mora se intitula: *México y sus revoluciones*. La única edición que conozco es de París, y creo que vió la luz cuando ya Mora ejercía el cargo de ministro plenipotenciario de México en Londres. Mora era un talento superior, y que comprendía como nadie las cuestiones económicas. ¡Cuántos de los problemas sociales de actualidad hoy en México, se encuentran apuntados y aún resueltos en ese libro!

Mora siguió la narración de Zavala; pero se ocupó más de las causas y de los problemas sociales que se debatían en la lucha de independencia, que de la histórica de los acontecimientos. Como las anteriores tiene un tinte político más que histórico.

Pero á las injusticias que estas obras encerraban respecto de los primeros días de la lucha de independencia, protestó casi al borde de la tumba otro anciano, contemporáneo y colaborador de Zavala y de Mora.

D. Atanasio Zerezero comenzó en 1869 á publicar una *Historia de México* de la que solo apareció el primer tomo; pero en el cual se detallan con toda precisión el fondo y los móviles de los acontecimientos de aquella revolución; esta obra podía clasificarse en el género de las memorias íntimas, á pesar de su título. Pero sus datos, su ingenuidad, su precisión en los hechos, la hacen muy importante para los que estudien esa época de la historia mexicana.

Además de estas obras se escribieron, casi en los momentos en que se realizaba la independencia, otras, como la de Robertson, sobre *las Campañas de Mina*; la historia de Torrente, subvencionada con régia magnificencia por Fernando VII, y que, como es natural, es una diatriba en contra de los independientes; una historia de México y Guatemala que apareció en París en la publicación por volúmenes ilustrados: *El Universo*, y de la cual se encuentran aún ejemplares en los librerías de viejo que se instalan diariamente en los pretilos del Sena desde el Instituto hasta el puente Solferino; y una historia publicada en Londres por D. Pablo de Mendivil, y hoy muy rara de encontrar.

La antigua y casi secular librería de Galvan de México, publicó también una historia ilustrada con retratos de los gobernantes, que es muy exacta en cuanto á la época de que aquí se trata, respecto de la cronología y de los acontecimientos más notables.

No sería posible registrar el gran número de folletos impresos, de papeles públicos y privados que existen sobre aquella época, y que los futuros historiadores tendrán que consultar.

En este sentido, el Sr. Hernandez Dávalos, poseedor de un curioso Archivo histórico, referente á aquella época, ha prestado un importantísimo servicio á la historia patria, publicándolo bajo el título de *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia*.

El Sr. Hernandez Dávalos lleva ya publicados cuatro tomos en *gran format*, impresos á doble columna y de más de 800 páginas cada uno. En esta colección se hallan registrados, con los manuscritos que formaron los Archivos de los jefes contendientes, los papeles, folletos, y hasta libelos de aquellos días.

Esta publicación ha venido á llenar un gran vacío, porque respecto á aquella gran evolución social los futuros historiadores se encontrarían sin el elemento que suministran en otros casos las publicaciones periódicas.

La prensa no existía bajo el régimen vireinal; no había más periódicos que los del Gobierno, y en los raros intervalos en que estuvo vigente la Constitución de Cádiz, solo se atrevieron á lanzarse en tan peligroso terreno de combate, uno ó dos espíritus audaces, porque se sabía perfectamente que aquellas veleidades liberales, no habían de durar mucho. En cuanto á los periódicos, por cierto muy escasos, del campo insurgente, fueron como la varia fortuna de sus armas, intermitentes; servían, sobre todo, para hacer conocer los documentos oficiales, y las publicaciones más principales y dignas de interés están registradas en la colección del Sr. Hernandez Dávalos.

Se ha llegado por la inevitable corriente de los años, á una época en que los últimos testigos de aquellos hechos están bajando á la tumba; la tradición oral se nos escapa, sobre todo en la parte que más ayuda á la Historia para poder apreciar la manera de sentir y las conmociones de una generación.

Pero aunque no histórica, existe una obra que da á conocer hasta en sus últimas vibraciones íntimas, en sus más recónditos pensamientos,

en todos sus aspectos y hasta en las diferencias del lenguaje que marcaban el rango y la posición; obra que es una verdadera monografía literaria y política, y que pinta admirablemente á la sociedad mexicana de principios de nuestro siglo.

El título de esta obra es *El Periquillo Sarmiento*. Su autor Fernandez de Lizardi, que en este trabajo como en otros muchos estudió y presentó tales cuales eran á las cosas y los hombres de su tiempo, y más conocido con el pseudónimo de *El Pensador Mexicano* con que firmaba sus escritos, dejó, tal vez sin saberlo, el monumento más útil para poder juzgar lo que fué la generación de su patria en los momentos en que alcanzaba su independencia política. Ciertamente que esta obra no dejará de ser una rara fortuna para los que escriban más tarde la historia de aquellos días, sobre todo cuando vemos las radicales reformas que se vienen operando hasta en nuestras costumbres populares.

Cuando después de rechazada la invasión europea y vencido el imperio en 1867, se inició el movimiento literario más grande, más espontáneo y más trascendental que ha tenido México; la crítica histórica tomó nuevos vuelos, y se empezó á investigar en los archivos y á discutir la tradición escrita. En esos días se publicó la obra del Sr. Zerezero, más tarde una del Sr. Castillo Negrete, y las *Rectificaciones* del Sr. Liceaga.

En la colección intitulada *Hombres ilustres Mexicanos*, y en los tomos III y IV, se publicaron biografías de los iniciadores de la independencia, con gran acopio de datos nuevos y auténticos, y el Sr. D. Manuel Rivera y Cambas, en sus libros *Historia de Jalapa* y *Los Gobernantes de México*, aportaba también una crítica sana y mucho más imparcial al narrar aquellos acontecimientos.

Después de haber registrado las más importantes, ya que no todas las fuentes históricas para apreciar la revolución mexicana de 1808 á 1821, se ve claramente que no es la obra de Alaman la única que existe, ni la más imparcial, ni siquiera la más completa, pues, á pesar de su gran acopio de documentos, Torrente le aventaja en esto, gracias á la protección régia que recibió.

Las historias de Zavala, del P. Mier y del Dr. Mora, aunque se resienten de la influencia que debían ejercer sobre ellos las pasiones y las luchas de su tiempo, son monumentos literarios muy superiores á la obra de Alaman.

La crítica histórica y el conocimiento de los papeles privados que han ido saliendo á luz, han venido á vindicar á los primeros caudillos independientes de los erróneos juicios en que todos estos historiadores habían incurrido.

Quede pues sentado, que los que solo han consultado y aun copiado á Alaman, no han hecho obra ni tarea de historiadores, porque se han inspirado en una fuente parcial é inclinada en favor de los vencidos de aquella lucha, y que del valor de sus apreciaciones dará una idea el solo recordar que, precisamente se ha realizado en la tierra mexicana hasta ahora, todo lo contrario de lo que Alaman predecía.

Existen en abundancia elementos para escribir la historia de la Independencia mexicana; pero esto no se realizará sino el día que de ellos se apodere un espíritu verdaderamente superior, y lleve como principal contingente, un criterio justo y un método de examen científico y desprovisto por completo de remordimientos ó rencores políticos, ó de atentados contra la patria que disculpar, es decir, que sea capaz de escribir una obra que no sea *personal*.

GUSTAVO BAZ.

Madrid, Febrero de 1884.

EL LIBRO Y LA CARTA

I.

Me siento delante de mi escritorio, preparo una docena de cuartillas, mojo la pluma y me dispongo á escribir algo para el periódico A. ó B., en virtud de un recado que el director del mismo me dirige por un muchacho de imprenta, en estos términos:

—Que si tiene Vd. al gopara el número de la revista que sale pasado mañana, que me lo dé enseguida. Algo, ha dicho, algun artículo, cualquier cosa, material para tres columnas.

—¿Sobre qué asunto? he preguntado yo.

—Sobre lo que Vd. quiera. En fin, cualquier cosa.

Supongo que esta petición que á mí se me ha dirigido algunas veces, se habrá dirigido asimismo, casi siempre á todo escritor de profesión, en el país de las prisas, de las urgencias, de las últimas horas, sin embargo, de llamarse también país clásico de la pereza, fundador y único maestro del arte de matar el tiempo; del arte de *hacerlo*, mejor dicho, de *hacerlo* para matarlo enseguida.

Hacer un artículo con las condiciones con que lo pide ordinariamente un recado de la imprenta, participa por fuerza de la misma desgracia que el tiempo entre los españoles. Hay que hacerlo para matarlo. Es decir, hay que fabricar una apariencia de fábrica, decir algo á medias, indicar en la forma más clara que se pueda, hasta dónde llegaría la torre que proyectamos, si llegáramos á levantarla, y de qué elementos la construiríamos, si contáramos con ellos. El final de esta clase de trabajos, es siempre el mismo en periódicos y en revistas; es el que copiamos á renglón seguido:

«Algo más ahondaríamos el asunto, si los límites que nos hemos señalado, y los otros que nuestra publicación tiene marcados también desde su primer número, lo consintieran.»

Y apuesto además la *cualquier-cosa*, que hoy me piden y comienzo á escribir, contra cualquier otro trabajo confeccionado de igual manera, á que otra de las cosas en que medita todo aquel que se prepara á escribir de esta manera *ad-libitum*, es la repetidísima observación de Larra:

«¿En este país, no se escribe porque no se lee ó no se lee porque no se escribe?»

No tengo noticias de cómo resuelven otros esta duda; pero de mí diré lo único que se me ocurre, cada vez que me creo llamado á responder *cualquier-cosa*. No se escribe, pienso, porque se nos pide que escribamos, como se pide á otros que se casen, es decir, sin pensarlo. Pero también se puede decir con verdad otra cosa y es, que lo poco que se escribe, se hace, precisamente porque se pide en esas condiciones, de cosa no pensada, á la carrera, *ad-libitum* y con el calificativo invariable de algo, ó bien de *cualquier-cosa*.

Lo que en otros días se me ocurre decidir, es que en España no se escribe porque se habla, ó se reza ó se murmura demasiado; porque se habla, en fin, de todos modos, ó si se quiere, de cualquier modo, sin que lo remedie nadie.

Sea lo que fuere, el que se prepara á escribir debe hacerlo con la seguridad, cuando no con el propósito de no ser leído; y muchos escritores de seguro que se han inspirado ó animado á escribir con la misma observación de Larra, formulada en estos términos:

—«Escribo por no leer, y porque nadie ha de leerme.»

Y en resumen, la susodicha observación del más cortante *Figaro* queda casi intacta, apropiándola de este modo al actual año de gracia de 1884:

—«En España se escribe para que nadie lea; y nadie lee, porque á todo el mundo le falta tiempo para escribir.»

¿Escribir qué? Libros, folletos, artículos, cosas. Todo menos cartas. Esto tratándose de escritores.

Porque la mayor parte de las cartas buenas en España, proceden de los que no saben escribir; son las tales obras del amor, del dolor, de las ocupaciones, de las necesidades, del hambre, de las quejas, de los corazones que sangran, de las inteligencias que buscan verdades ó necesitan decir las con aquel vigor, tenaz, permanente, con que decía Pilatos:—*Quod scripsi scripsi*.

Pero el que sabe escribir, y además de saber esto, no tiene dentro de sí ni una sola de las cosas que se dicen en las cartas, ó no tiene el valor de decir las tales como las siente; el que nada tiene que decir, por lo tanto, nada que sea verdad, sinceridad, necesidad, oportunidad, amistad ó amor, ese hace libros y se hace escritor público. ¡Oh! ¡Todo lo que aquí quiere decir *alma pública*!

Tal regla tiene excepciones. ¡Por supuesto! Tantos, como sean los escritores de nuestros días que se dignen protestar contra todo lo que me he atrevido á afirmar en estas cuartillas.

Pero haciendo caso omiso de esas excepciones numerosas, aunque sin negar sus merecimientos, y ateniéndome tan sólo á las pocas que yo he leído, en la tierra en que no se lee (y ya ni las rayas de la mano para conocer un destino, ni las protuberancias de la cabeza con ojo de Lavater para descubrir su carácter), digo que las envidio muchísimo. Y más que este superlativo.

¡Si al prepararnos á escribir de mala gana y tan sólo para suministrar material, columnillas ó balaustres á una imprenta, nos dejáramos influir por la envidia que merece un talento que hace libros, que ha sabido hacer uno sólo, ¡ah! entonces, de qué buena gana y con qué fervor de caridad intelectual nos decidiríamos á escribir la *cualquier-cosa* que el impresor de diarios nos pide, y escribir luego otra y otras *cualquier-cosas* sin que fuesen pedidas, y ensayar así las fuerzas para saber escribir algún día otro libro que merezca el título de tal!

Todo lo que luce un hombre, y sufra y trabaje para poder dejar al mundo sabio, ó que serlo anhela uno de esos conjuntos de páginas elocuentes y vividas que dejaron de llamarse libros solamente; desde el día en que un crítico de elevadas miras prefirió decir de una obra escrita con vida y alma, no que era un libro bien hecho, sino una buena acción á tiempo y con misericordia realizada; todo lo que ponga en acción laboriosa un hombre para realizar una de estas obras de misericordia, merece las mayores alabanzas de que es capaz nuestra generación; y todo el que aspire á dejar su vida en un libro generoso cuanto fecundo, ese merece ser considerado, no sólo como buen trabajador de su época, sino también como gran obrero de todos los siglos, para valerme de lo que en precioso verso canta Schiller; alabando al hombre diligente que realiza el bien sin desmayo, en aquella hora suya en que contó con vida para ser creador.

El libro es en efecto un misterio de vida, en el cual un hombre ha procurado merecer el título de imagen y semejanza del Creador; y ha probado además por alta manera, que el Creador eterno existe, que hay un Dios.

Habla, para que yo te vea; decía Platon á un joven ateniense que permanecía mudo de admiración ante el divino filósofo, la primera vez que le oía revelar secretos de ciencia. ¡Manera filosófica y cariñosa la del sabio aquel de preguntar al joven desconocido: *quién eres?* Y ni Platon, en verdad, y ninguno de cuantos fueron tan almas como él, creían conocer á una persona por solo la vista. Erales necesario entrar en diálogo íntimo con ella, provocar una conversacion. La conversacion para aquellos géneos, era por consiguiente una irradiación de viva luz. *Nuestra conversacion está en el cielo*, decía San Pablo: Y San Pablo y Platon y sus semejantes predestinados, aprendieron su ciencia altísima, por medio de una continua conversacion con el cielo de cada alma, y hasta con el alma de los niños, y hasta con los niños dormidos ó somnolentos.

El libro es más que una conversacion eterna; y sostenemos en cuenta, lo rebajada que aparece hoy la alteza, y cuan desconocidos los elementos de verdad, que pertenecen á estos diálogos, en que se revelan las almas su presencia real las unas á las otras; digamos para mayor elogio del libro, que no es ya una conversacion de hoy. Por que hoy la conversacion no es más que el disimulo de los sentimientos, el disfraz de las intenciones, la máscara ó la caricatura grotesca de las ideas, y ruido confuso en vez de armonía y sonoridad.

El libro es una creacion impresa; y no con el único objeto de darla á conocer á muchos, sino de perpetuarla, de darla á la eternidad, de darla á Dios en una admirable reciprocidad de dádivas, entre el primer Creador y un génio que se reconoce semejante á él.

Y además de esto el libro es, así como la antorcha que sirve para encender millares de antorchas, sin perder nada de su propia luminosa llama; el multiplicador inagotable de un pensamiento, digno de incansable trasmigracion al través de las generaciones infinitas.

Yo no puedo conversar con un amigo inolvidable, que se encuentra hoy en el fondo de la India. Si me fuera posible, le sería hasta importuno como nunca lo fui con él, cuando compartía conmigo una habitacion modesta, nido de la amistad; yo le hablaría cada vez que pienso en él y aún procuraría soñar hablando, para que él no ignorara de mí, ni mis delirios ni mis

pesadillas. No pudiendo hacerlo así, escribo y lleno de ternuras y temores y noticias, cuadernillos de papel. Pero mis cartas, ¡ay! no sirven más que para llevar un eco vago, perdido de mis clamores ardientes. El libro es incomparablemente más poderoso y más propio del alma humana creadora. No se escribe el libro como la carta, sólo para dar ecos de un sentimiento, á las á una voz, no para disparar un pensamiento hácia numerosos blancos á la vez, sino con el propósito preferente de dar eternidad á una cosa que vuela y desaparece, movimiento continuo á un acto, de nuestra mente rapidísimo é inefable, convertir en verbo semejante al de Dios la palabra del hombre, de ordinario vana como el tañido de un cymbalo en los aires. El libro mantiene nuestra palabra en estado puro de pensamiento, inmortalizándola.

El autor que ha de obtener tan alto fin, necesita por consiguiente al idear su libro, sentirse lleno de algo que en el mundo no hay algo que le falta á éste, un nuevo complemento de otras obras que dan vida á la parte más noble é inmaterial de la humanidad, un *nescio quid* que le encanta á él como belleza que le domina, como verdad que le devora, como calentura que le eleva, como ángel que le conmueve, como una tempestad al océano que le hunde en abismos, como á nuevo Luzbel para elevarle de nuevo á nuevos cielos como á un protomártir. El autor ha de sentir además la convicción de que aquello que siente, revelado cual lo siente, ha de llevar sin oposicion de nadie, toda aquella luz, to lo aquel calor, toda aquella calentura de vida con sed de más vida, á millares de corazones y de pueblos que se mueren de hambre, de frio, de inanición, de consuelo.

En mi concepto, el escritor se persuade de que nadie ha escrito todavía aquel pensamiento suyo sorprendente, originalísimo, providencial; y nadie tampoco lo pensará ni lo escribirá, si él no lo hace seguida, temeroso de que la vida aligera, omnisciente, le falte mañana. El sólo nació para pensar y decir aquéllo, él pasó por nuestro mundo para dejar aquella estela inextinguible; y con la aparicion de sus páginas sabiamente pensadas, el mundo tendrá el *por qué*, la razon clara del nacimiento y de la vida del autor. Y por eso lo que él vá á escribir, vá á expresarlo lo más claro y graciosamente posible, brillante como un cielo constelado en la noche cálida de Julio; hará luz antes que nada, como el Creador al idear los mundos. En cada página colocará un atractivo nuevo; donde no pueda edificar, esculpirá un detalle; donde no pueda esculpir una estatua, pintará un ángel soñado; donde no pueda pintar alas arrebatadoras; hará sensible y eterizante aquél *vébera alarum*, melancólico de los pálidos ángeles de la música. Y donde no acierte á descubrir la huella del Dios ó del ídolo, ó del cielo que él y el linaje humano han perdido, creará el Dios de tremenda majestad, y los cielos insondables, y las glorias insondables, y los sueños insondables del Apocalipsis. Ensartará otras veces ó en otras páginas, en series y series de pensamientos dedicadísimos y sutiles, todas las perlas, las blancas y las negras, todas las que ha encontrado en los mares de su dolor, y se recreará haciéndolas resplandecer con la luz oriental de sus felices dias.

El libro, por lo tanto, será la síntesis de lo que ha visto un hombre en el curso de su vida, será la parte de verdadera ciencia que consiguió encontrar entre la vanidad engañosa de las ciencias; será la perspectiva especialísima que su rincón de tierra, su rayo de sol, su nocion de Dios, su parte de vida, le permitieron distinguir y abarcar desde este punto del espacio incomensurable. Con gusto fijaría en el papel si pudiera lo que llegó á saber más á fondo, de un modo más estable é indeleble: lo gravaría con el intarsis mismo con que el amante grava á puñaladas en el tronco de las encinas el secreto mordente de sus amores, ó como el Océano se empeña un día y otro en dejar sobre las peñas señales de su perseverancia infinita.

—Aquí está lo mejor de mi sér, dirá el autor en su obra, con la misma sinceridad con que Rousseau encabeza el mejor de sus libros, el libro más suyo, diciendo:—Aquí me doy tal como he sido, aquí está mi *confesion*.—Gozad, este fué mi amor; reid, esta fué la vida tal como yo la conocí, mientras ella me desconocía; vivid, sacad algo del abismo de mis sufrimientos. Por lo demás, sabed que he sido como cualquiera de vosotros, como cualquiera otro de los míos, como todos sin excepcion; he comido y he dormido; dormido sobre todo, y de varias maneras, unas veces en lecho de plumas, no pocas noches sobre abrojos y espinas; por algunas temporadas soñando, esperando

y creyendo; pero muy frecuentemente desesperado de tanto dormir y esperar, muy cansado de cansarme y aburrido de aburrirme, y de tener que gritar con el poeta:

—*Nécios, venid á enseñarme — Cómo tengo de arreglarme*—En una palabra, lector, léeme, lee mi libro. Aquí me hallarás siempre. Esto soy yo. Yo, fuera del sepulcro, digno por tanto de gloria imperecedera. ¿No me conoces? Te lo pregunto como el resucitado á Magdalena la enamorada, en la mañana del gran prodigio. ¡Este libro es mio, es lo más mio, mi cuerpo y mi alma, yo. ¿No lo sientes en el fuego que empieza á caldear tu corazón al penetrar el sentido y la belleza de mis pensamientos, como sintieron al mismo Cristo, aquellos que le lloraban muerto, viandantes por los senderos de Emmaús, al ver que las lágrimas que lloraban se les encendían en lavas divinas? Sí, cierto, esta es mi resurreccion.

Tal es en reducida esfera mundanal, y cualquiera que haya sido su ideal, su verdadera inspiracion ó su más intensional objetivo, al endiosarse para la gestion de un libro bueno; el deseo vehemente del autor, el fin supremo, la inscripcion de su gusto, la firma de su alma.

¿Pero cuál, señor, cuál puede ser el fin supremo del autor de un artículo de consumo sólo para la prensa, artículo trabajado en virtud de una musa pajarera, con gorra y chaleco, que por toda inspiracion nos trae este recado de un regente de imprenta:—Escriba Vd. *cualquier-cosa*.

¡Cualquier cosa, que sin embargo de llamarse así, se añade que hace falta, que urge mucho, que ha de estar esta noche mismo en manos del cajista!

—Y mañana, muchado, ¿en qué otras manos ó en qué otra caja habrá de caer necesariamente esta urgencia que me reclamas hoy? ¿A qué otras urgencias premiosas corresponderá?

Pues con todo, yo he de seguir, ya que he empezado, y sólo por eso, escribiendo consideraciones sobre esa maravilla que se llama el libro, para hacerlas luego, por escrito también, acerca de esa otra peregrinidad, que sin ser libro, ni mucho menos, tiene algo de la majestad de aquel libro grande de los siete sellos, porque es condicion de toda buena carta que esté cerrada y traiga un sello siquiera de 10 ó 15 céntimos. Lo haré por mucho que me duela saber que estas cuartillas, sobre las cuales vuela mi pluma en estos momentos, volarán á su vez y á su modo, como las hojas que dispersa Octubre, sin una sola de las virtudes que se desprenden de un libro, sin una sola gota de la savia que él mismo atesora, aunque sí ¡oh! eso sí! con aquella lágrima del corazón, triste y ardiente que hace estimables en grado sumo algunas cartas de mi pobre cocinera.

Y en este caso, y si esta última afirmacion de la lágrima que digo, merece ser creída, puedo seguir afirmando con la misma cordialidad que todas estas cuartillas que emborronando estoy, que todas las demás que emborronando siga bajo el rubro de mi artículo:—*El Libro y La Carta*;—que todas las cuartillas ajenas á mí, que se encargan de llenar miles y miles de escritores más ó menos oscuros de nombre, poco ó nada conocidos como aves de una sola pluma; todas, todas se escriben inspiradas al fin y al cabo por aquella misma elevada intencion que inspiró los libros más célebres y mejor intencionados; todas brotan de la misma fuente divina que se llama el corazón. Todas son hijas del alma de un Enoch.

Toda cuartilla de éstas puede responder como aquella hoja verde arrancada de su tallo por el Aquilon, que fué á prenderse con otra basura de la capa raída de un poeta á quien el poeta sacudió preguntándole.

—¿De donde vienes misera hojita sin olor ni gracia?

—No soy pétalo, pero vengo del mismo ramo en que han nacido muchas flores de color brillante, olorosas.

Y si resuena luego otra pregunta despreciativa, otra interrogacion de mofa, de duda, de ironía, diciendo:—¿A qué fin esas hojas de papel manchado de tinta y en algunos puntos de aceite? ¿A dónde irán á parar? ¿A donde la misma publicacion, la revista á que se destinan? Entonces las cuartillas susodichas pueden responder:

—Al mismo fin conspiramos que el libro del sabio, que el monumento de un Homero, que la creacion de un Dante, que la biblia apasionada de un Shakespeare, á alimentar un fuego sagrado, á multiplicar la vida de hoy, de ayer y de mañana. No soy ni un grano de arena pero voy á formar parte de un Acrópolis.

Cada cuartilla merece hablar entonces como

aquella hojita seca, vagabunda, expatriada, juguete de un viento loco, á quien el poeta pregunta:—¿A donde vas?

—Je vais ou ca toute chose,
Ou va la feuille de rose
Et la feuille de laurier,

T. DEMAIN

LA REPUBLICA DE VENEZUELA

I

(Continuacion.)

La region equinocial se ha considerado siempre como la patria del oro y de la plata, y Venezuela lo comprueba con sus inmensos lechos de oro de la Guayana, donde numerosas compañías que al favor de la paz explotan hoy aquellas regiones están realizando fortunas fabulosas, bastantes para confirmar á aquellos lugares el sobrenombre del por fin descubierto Dorado. Hay minas de oro tambien en la serranía de Nirgua, en la colina de San Pedro, en Los Jerques, en San Sebastian de los Reyes, en Apa y Carapa, en los Mariches y en Bacuta. En la serranía de Stüigüe, en la de San Juan de los Morros, en el cerro de Chacao y en los de la Encaramada se han encontrado pedazos de oro y oro en polvo. En Cocorote descubrió Oviedo una mina de cobre, riquísima en oro; en la montaña de San Pablo, cerca de Arva, se han descubierto minerales de plata. Entre el rio Yaracuy y las ciudades de San Felipe, Nirgua y Barquisimeto se han hallado tambien granos de oro, y especialmente en el rio de Santa Cruz los indios encuentran pepitas ó granos del valor de cuatro á cinco pesos fuertes. Iguales descubrimientos se han hecho en Coro, y Carúpano es el asiento de riquísimas minas de oro y plata cuya explotacion se prepara ya. En Bailadores se ha encontrado una mina de plata. En Barquisimeto hay minas de estaño que benefició mucho tiempo el gobierno español, arrendándolas luego á don Francisco Marios por 40.000 duros. Las ricas minas de cobre de Aroa están beneficiándose, para lo cual ha construido una compañía inglesa un ferro-carril desde la serranía al mar. Del mismo metal hay minas en Coro, Casabolo, Barquisimeto y Mérida, cuyo laboreo no se ha puesto todavía por obra. Tambien las hay en Tucunemo y en el Pao de Járata, pendientes de explotacion. El Tocuyo posee una mina de plomo cuyas muestras son excelentes.

Carabolo, Mérida, Maracaibo, Barcelona y Coro tienen minas abundantes de carbon de piedra, siendo las dos últimas riquísimas.

En Lagunillas, pueblo de Mérida, se halla la famosa mina de *Urao*, que es el sesqui-carbonato de sosa de los químicos. Está en el fondo de la laguna, de donde lo extraen los indios, zambulléndose á cuatro ó cinco brazas de profundidad para beneficiar el tabaco.

Maracaibo, Mérida y Coro tienen minas inagotables de *mene* ó pez mineral.

Fuentes de petróleo existen con abundancia en Trujillo y Cumaná.

Las Salinas, de primera calidad, son incontables.

En Cumaná se encuentra azabache y tierras excelentes de fabricar porcelana, que tambien poseen las vertientes del Avila, cerca de Caracay, ricas tambien en granates. En toda la cordillera de Venezuela se hallan purísimos cristales de roca, pizarra, mármoles, granitos, yeso y cal muy abundante. Hasta ahora sólo de ésta última se ha hecho uso.

Por fin, en todo el país se encuentran fuentes perennes de aguas termales, la mayor parte sin analizarlas todavía, y cuya aplicacion á varias enfermedades se hace por la sola experiencia tradicional de los moradores. Las más cálidas están cerca de Valencia, en el punto denominado Las Trincheras, y tienen 97°, siendo por consiguiente, despues de los manantiales de Urijino, en el Japon, que se dice tienen 100° de temperatura, las más elevadas del mundo. Las más célebres en Venezuela son las dichas de Las Trincheras, las de San Juan de los Mor-

ros, las de Guarume, las de Onoto, las de Mariara y las de la Quiva, en Coro.

II

Independizadas de la madre patria las antiguas colonias españolas del continente americano, Venezuela, Nueva-Granada y el Ecuador, entraron á constituir, por obra y esfuerzos del libertador Jimon Bolívar, la gran República de Colombia.

Muerto aquel grande hombre, en Diciembre de 1830, las tres secciones nominadas se separaron á poco para organizarse cada una en República independiente, estado que conservan hasta hoy.

Venezuela constituye una federacion bajo el nombre de Estados-Unidos de Venezuela, los cuales son ocho en la actualidad, y comprenden todas las antiguas provincias que formaban para 1810 la Capitanía General de Venezuela. Iguales entre sí estas entidades políticas, cada una se organiza interiormente segun su voluntad, con la sola condicion de que sus constituciones han de ser armónicas con los principios federativos establecidos en el Pacto de Union, y conservan la soberanía no delegada al gobierno general, sin más limitaciones que las contenidas en el compromiso de asociación. El gobierno general reside en el distrito Federal, porcion de territorio neutral que le han concedido los Estados, y que lo constituye hoy la ciudad de Caracas y sus alrededores.

El gobierno de Venezuela, tanto general como seccional, es popular, electivo, federal, representativo, alternativo y responsable. Sus diversos poderes son independientes entre sí, correspondiendo el Legislativo al Congreso, formado de dos Cámaras, la de diputados y la de senadores; el Ejecutivo, al Consejo Federal con el presidente de la República y sus ministros, y el Judicial, á los tribunales y juzgados.

Los senadores, representantes de la autonomía de los Estados, son nombrados por las Legislaturas de estas entidades políticas en número igual. Los diputados, representantes de la poblacion, son elegidos en cada Estado por el sufragio universal, directo, público y obligatorio de los ciudadanos, sin que para este acto queden excluidos otros que los menores de diez y ocho años. Nómbrase un diputado por cada 35.000 almas, y otro por un exceso que no baje de 15.000. Los miembros del Congreso son irresponsables de las opiniones que emitan ó discursos que pronuncien en las Cámaras, y gozan además de inmunidad durante las sesiones y un mes antes, y otro despues de ellas. Si aceptan empleo ó comision del Ejecutivo Nacional, dejan vacante su puesto en el Congreso. Las Cámaras se instalan anualmente el 20 de Febrero sin necesidad de convocatoria, y sus sesiones no puede suspenderlas ningun otro Poder. Aprobados por ambas Cámaras los proyectos de ley, tienen fuerza de tal desde que son promulgados.

El Poder Ejecutivo no tiene el derecho de veto; sólo en el caso de que los ministros de despacho hayan sostenido en la discusion la inconstitucionalidad de un proyecto, podrá suspender temporalmente la ejecucion de la ley, mientras las legislaturas de los Estados á quienes debe someter el caso decidan de la subsistencia ó insubsistencia de la ley. Los senadores y diputados duran en sus funciones cuatro años y se renuevan por totalidad.

Cada dos años nombra el Congreso de su seno un senador y un diputado de cada uno de los Estados federales, y un diputado más por el distrito, para constituir el Consejo federal; y éste nombra á su vez tambien de su seno el que ha de ejercer las funciones de presidente de la Union. No pueden ser reelegidos los miembros del Consejo, y, por consiguiente, tampoco el presidente de la República. El presidente nombra y remueve libremente los ministros del despacho.

Su justicia se administra por los tribunales de los Estados y del distrito, que son de un todo independientes. Sus causas comenzadas en ellos, en ellos terminan, sin más recurso que el de casacion, en los casos de injusticia notoria ó de infraccion de las leyes de procedimiento. Para

ello existe la Corte de Casarino, nombrada por el Consejo federal á propuesta de las legislaturas de los Estados. La legislacion sustantiva civil y criminal y la de procedimiento civil y criminal es una misma en todos los Estados, por compromiso contraido en el pacto de Union.

Como queda arriba dicho, los Estados de la federacion se hallan organizados de la misma manera y segun los mismos principios.

E. C.

EL COMERCIO HISPANO-AMERICANO

Siempre que llega á nuestras manos una estadística del comercio exterior de España con sus provincias de Ultramar, sus posesiones de Oceanía y Africa y las naciones extranjeras, lamentamos de todas veras que los absurdos de una viciosa legislacion aduanera impidan desarrollar el comercio de España y las naciones del continente americano, estrechando á la par los lazos de union que deben existir entre nuestra patria y las repúblicas de allende el Océano que un día formaron parte de la gran nacionalidad española.

Verdad es que el comercio hispano-americano que en la actualidad se aproxima á 300 millones de pesetas y equivale á la quinta parte del importe total de nuestro comercio exterior, ha progresado en los últimos años; pero no es ménos cierto que la falta de un pacto con los Estados-Unidos, el absurdo arancel de Cuba, la carencia de tratados con las repúblicas sudamericanas y la estructura de nuestro arancel general de importacion, han sido causas suficientes para impedir el comercio entre América y España, lesionando considerablemente los intereses de los consumidores de aquel continente y esta nacion, que sufren los perjuicios de la errónea doctrina que creó el *Acta de Navegacion* y *Las leyes de cereales* en Inglaterra, ocasionando en todas las naciones que la patrocinaron perjuicios análogos á los causados á Francia con el *bloqueo continental*.

El comercio entre España y América ascendió en 1882 á 297.922.450 pesetas de las cuales 153.447.122 representan el valor de las importaciones y 144.475.328 el de las exportaciones; cifras que se componen como sigue entre las diversas regiones del continente americano:

IMPORTACIONES	PESETAS
Estados-Unidos.....	91.540.239
Isla de Cuba.....	23.352.609
Ecuador.....	6.626.722
República Argentina.....	6.601.880
Perú.....	6.176.459
Isla de Puerto-Rico.....	5.357.508
Posesiones inglesas.....	4.207.624
Venezuela.....	3.336.385
Uruguay.....	2.074.067
Brasil.....	1.596.747
Méjico.....	1.245.886
Chile.....	581.948
Nueva Granada.....	296.353
Santo Domingo.....	184.245
Guatemala.....	105.721
Posesiones francesas.....	105.159
Honduras.....	37.833
Costa-Rica.....	25.173
Posesiones danesas.....	3.564
EXPORTACIONES	
Isla de Cuba.....	67.713.198
Estados Unidos.....	27.962.268
República Argentina.....	15.749.349
Isla de Puerto-Rico.....	11.426.068
Uruguay.....	10.631.880
Méjico.....	5.580.722
Posesiones inglesas.....	1.909.349
Brasil.....	1.068.068
Venezuela.....	754.129
Nueva Granada.....	588.221
Posesiones danesas.....	320.177
Ecuador.....	316.637
Santo Domingo.....	115.443
Posesiones francesas.....	107.701
Honduras.....	75.573
Perú.....	70.470
Chile.....	40.750
San Salvador.....	17.408
Paraguay.....	16.940
Guatemala.....	6.748
Costa-Rica.....	3.294
Posesiones holandesas.....	660
Bolivia.....	168
Nicaragua.....	112

Como fácilmente observarán nuestros lectores examinando los anteriores estados, incluimos en ellos las islas de Cuba y Puerto-Rico, consideradas como provincias españolas por nuestros gobiernos, porque teniendo su Tesoro especial; sus aranceles y sus presupuestos aparecen ante los ojos del economista como Estados independientes, ó naciones que viven bajo el protectorado español; siendo preciso para que dejásemos de incluirlas y las considerásemos como provincias españolas, que sus presupuestos constituyesen un capítulo de nuestro presupuesto general del Estado; que su deuda estuviese confundida con la deuda que pudiéramos llamar peninsular; que existiesen aduanas entre sus mercados y los nuestros; que sus aranceles de importación y exportación fuesen los vigentes en nuestra patria; que desapareciese el Tesoro especial de las islas, que nos recuerdan pasadas grandezas, y que las leyes votadas por las Cámaras españolas rigiesen en los territorios americanos donde aún ondea nuestra bandera, como rigen en las provincias que constituyen casi en totalidad la Península Ibérica.

Triste es ver que hay repúblicas como Nicaragua, Bolivia, Paraguay y San Salvador, que no nos han enviado producto alguno en el año natural de 1882; pero no es ménos triste pensar en la insignificancia de nuestro comercio con las repúblicas sud-americanas, en las escasas transacciones que sostenemos con Méjico y en los males que ocasionamos á los consumidores, cubanos por sostener irritantes privilegios, obligándoles á comprar caro y malo en España los productos similares que con más economía y mejor calidad les ofrece la gran república norteamericana.

Los Estados-Unidos, Santo Domingo, y el Ecuador son respectivamente los países de la América septentrional, central y meridional que nos envían productos por mayores cantidades, así como Cuba, los Estados-Unidos y la República Argentina, son también respectivamente las regiones de la América central, septentrional y meridional, á los que remitimos mayores valores en productos de fabricación nacional.

Pocas observaciones hemos de someter á la consideración de nuestros lectores acerca de los estados que señalan el estado del comercio de importación y exportación entre España y los pueblos americanos, porque á primera vista se observa que las transacciones efectuadas en 1882 no tienen importancia alguna, comparadas con las que debíamos verificar para que saliesen la industria y el comercio de la prostración en que yacen; pero si hemos de indicar los medios que en nuestro concepto nos conducirían á la realización de tan bello ideal, y convertirían á Cuba y Puerto-Rico, según la frase de un elocuente orador, en dos grandes docks levantados en medio del Océano, que fuesen los pedestales del pabellón español en América.

Ante todo debía declararse comercio de cabotaje el que existe entre los puertos de la península y los de las islas de Cuba y Puerto-Rico; suprimirse los absurdos derechos de exportación que impiden el desarrollo mercantil de las Antillas, y borrar las cuatro famosas columnas del arancel cubano, que nos proporcionan la triste celebridad que crea el error, y la ruina de una feraz isla, debida á la ceguera con que defendemos los privilegios mercantiles en aquellas regiones llamadas á ser el centro del comercio americano el día que rota la cordillera de los Andes, mezclen sus aguas en el golfo mejicano los dos grandes océanos del planeta.

Después de realizadas estas reformas que permitirían á los productores en Cuba y Puerto-Rico llevar sus artículos comerciales á los mercados que les placiese, y á los consumidores de las mismas adquirir donde tuviesen á bien los objetos de su consumo, deberíamos celebrar con los Estados-Unidos, no ya un convenio provisional como el debido al Sr. Ruiz Gomez que era el primer paso dado en la senda de nuestros ideales, sino un tratado definitivo que abriese nuestros mercados á los trigos norteamericanos y los suyos á nuestros vinos, lo cual no será difícil en el porvenir, si, como es de esperar, la primer república americana sigue reforman-

do sus aranceles en sentido liberal, convencida de los males del proteccionismo que engendró la terrible crisis de 1873 y sigue las doctrinas de Mr. Cox, rechazando los consejos de Mr. Sherman que intenta resucitar la absurda teoría de Monroe, opuesta al espíritu de nuestros tiempos.

Una vez suprimidas las Aduanas entre las provincias españolas de Europa y América, y ligadas á los Estados-Unidos por un tratado de comercio que disminuyese considerablemente los gravámenes arancelarios existentes en la actualidad, debemos pensar en celebrar pactos mercantiles con las repúblicas sud-americanas, especialmente con Chile, Venezuela y la Argentina, relegando al olvido la política conservadora que dió lugar por parte de la segunda de estas naciones, á represalias tan absurdas para nuestros vinos, como absurdos habian sido los derechos impuestos á sus cacao.

Tal es en nuestra opinión la política mercantil que deben seguir los gobiernos españoles, si anhelan el desarrollo de nuestro comercio y el progreso de nuestras industrias, si desean resolver con acierto las justas reclamaciones de Cuba y Puerto-Rico; si intentan aprovechar la ventajosa posición de las Antillas, que aún nos pertenecen, para mejorar su triste situación al abrirse á la libre navegación el canal de Panamá; si quieren que lleguen á los mercados de la península los azúcares cubanos á módicos precios, y á los mercados de las Antillas los baratísimos trigos norteamericanos; y si aspiran á que desaparezca el eterno déficit del presupuesto de Cuba, debido por igual á la guerra que ha teñido de sangre los campos de aquella isla casi tan grande como Inglaterra, y á las restricciones aduaneras que han impedido é impiden la exportación de los ricos y variados productos que nos ofrece la perla de las Antillas.

Comercio España con América tan sólo por 300 millones de pesetas, existiendo en aquel continente diez y seis naciones donde se habla la lengua de Cervantes, mientras Francia é Inglaterra los verifican por algunos miles de millones, es tan absurdo, que no puede comprenderse, sino teniendo en cuenta que nuestra patria parece condenada á estar regida por partidos conservadores, sin fé y sin ideas, que tiemblan ante las reformas reclamadas por la opinión, como tiembla el reo ante su juez.

Y es indudable, que mientras al frente de la nación española no haya un gobierno decidido á implantar las reformas indicadas, ni aumentará nuestro comercio con América, ni Cuba saldrá de su insignificancia; como ni España podrá representar á las repúblicas sud-americanas en las Asambleas de Europa, ni estas emitir por nuestro conducto su pensamiento en el continente, que marcha á la cabeza de la civilización, mientras no desaparezca el abismo formado por las trabas comerciales que hoy existen, más temible sin duda que el océano que nos separa del mundo de Colon.

JOAQUIN G. GAMIZ-SOLDADO.

Madrid 8 de Febrero de 1884.

HISTORIA AMERICANA

EL TIRANO ROSAS

El fusilamiento de Dorrego no habia sido un hecho casual debido á una genialidad de un general del Ejército.

No puede perderse de vista que Lavalle, que era el jefe supremo del ejército, era también el representante genuino de su partido y el gobernador de hecho de la provincia. Tampoco puede olvidarse que la ejecución de Dorrego fué aceptada y justificada por sus partidarios.

El plan de los unitarios era imponer su sistema al país por medio de la violencia y de la fuerza armada, sin reparar en los obstáculos ni el derramamiento de sangre.

Lacasa, biógrafo del general Lavalle, confiesa que era necesario aprovechar un ejército regular para operar la reacción; y que si se hubiese dejado pasar la oportunidad, no habia ya que pensar en el restablecimiento del Gobierno unitario.

Sarmiento, unitario de toda su vida, añade que

Dorrego habia triunfado fácilmente de un Congreso y un Ejecutivo compuesto de oradores, letrados, abogados y políticos; pero que la cuestión cambiaba de aspecto al tratarse de un ejército aguerrido, disciplinado y mandado por los jefes más valientes y más enemigos de su política.

Los unitarios habian reducido el derecho á cuestión de fuerza; y como se encontraban en una minoría exigua, y como las grandes masas del país seguian á los caudillos, habian concebido la idea de hacer desaparecer estos caudillos, para que las masas no tuvieran á quién seguir.

Copiando aún en esto á los revolucionarios franceses del pasado siglo, que querian consolidar la República á fuerza de cortar cabezas, se habian propuesto también los unitarios argentinos segar á sus enemigos como se siega con la hoz un campo de trigo en la época de la sazon.

Así, los generales y jefes del ejército, según afirma uno de ellos en sus Memorias, habian acordado, aún antes de regresar al país, una batida general con objeto de fusilar á todos los caudillos y jefes federales.

Lavalle, director de esta conspiración, era uno de esos militares que sienten un profundo desden por las masas populares, creyendo que no hay más fuerza ni poder que los ejércitos de línea.

Su compañero y colega el general Paz, atribuye á Lavalle los siguientes dichos: «Con solo una mitad de caballería de línea, soy capaz de meter todo el Sur de Buenos-Aires en un cuerno y tapanlo con otro. Quisiera que los caciques Rosas, Lopez, Quiroga, Bustos, Aldao, Ibarra, y demás de la República, se reunieran en un solo cuerpo con sus numerosas hordas, para dar cuenta de ellos con quinientos coraceros.»

Así, la muerte de Dorrego era, no solo un asesinato, sino también un reto sangriento á un partido, un desafío á muerte á un pueblo entero.

En los primeros momentos de la ejecución, entró un pánico extraordinario á los federales de Buenos-Aires, y un desaliento indescriptible entre las provincias.

El estupor fué tan grande, que el mismo Rosas, refugiado en Santa Fé, se valió de sus parientes para que tratasen de conseguir del Gobierno el regreso á su provincia natal, bajo promesa de no ocuparse de política. Viéndose Rosas desahuciado en tal pretension, se ofreció á retirarse al Brasil por el tiempo que se considerase necesario; pero Lavalle, obstinado en perseguir á sangre y fuego á los del bando contrario, y no dándose cuenta de lo conveniente que es poner puente de plata al enemigo que huye, no accedió á los deseos de Rosas.

Muy lejos de esto, se formó entre los unitarios de Buenos-Aires, una conjuración para pagar asesinos que dieran cuenta de la vida de Rosas en su propio asilo.

Por dos veces tan tenebroso plan encontró instrumentos que se prestaran á consumarlo; pero en ambas ocasiones el futuro tirano fué avisado oportunamente, y los ejecutores fueron aprehendidos. Rosas perdonó la primera vez al asesino, pero su longanimidad no llegó á ser bastante para perdonar al segundo, y lo mandó fusilar.

Los procedimientos empleados por los unitarios quedan nuevamente confirmados con la ejecución del sargento mayor D. Manuel Meza, que, habiendo permanecido fiel á Dorrego, fué cogido prisionero y fusilado poco después.

Los federales no podian, por consiguiente, dudar de la suerte que les esperaba si eran vencidos ó caian en manos de los unitarios.

Su primera víctima debía ser Rosas, ya que después del nefando asesinato de Dorrego, aquél vino á ser naturalmente la primera figura del partido federal.

En realidad, Rosas no se habia hecho de la pasta de los guerreros ni de los tiranos. Era un hombre de inclinaciones pacíficas, de temperamento linfático y, como ya lo hemos hecho notar oportunamente, de ideas conservadoras. Solo la temeridad de los unitarios le convirtió en un caudillo temible.

Rosas, pues, amenazado de muerte, acechado por asesinos y encerrado en su país sin poder salir, reducido al trance de los soldados de Hernán Cortés después de haberse quemado las naves, tuvo que ser héroe por fuerza, y se resolvió á hacer la guerra, levantando la bandera federal, invocando los manes de Dorrego y arrastrando consigo los masas campesinas, el apoyo de todos los caudillos, el concurso de las indias y las simpatías de todos los que en la capital eran enemigos de los principios y de los procedimientos de los unitarios.

A este fin empezó por enviar emisarios por la provincia de Buenos-Aires, con objeto de levantar por todas partes numerosos grupos de montoneras.

Se dirigió enseguida á la Convencion, que se hallaba reunida en Santa Fé, para tratar de la cuestion nacional, y obtuvo de este cuerpo una ley declarando anárquica, sediciosa y atentatoria contra la libertad, honor y tranquilidad de la República, la sublevacion de las tropas mandadas por el general Lavalle, y crimen de alta traicion contra el Estado el asesinato cometido en la persona del Excmo. Sr. D. Manuel Dorrego, encargado de la direccion de la guerra, paz y relaciones exteriores de la República.

La Convencion de Santa Fé hizo luego un llamamiento á todos los gobiernos y pueblos del país, á fin de que contribuyesen á la formacion de un ejército nacional, para operar contra los revoltosos de Buenos-Aires.

El mando de este ejército fué confiado al gobernador de Santa Fé, D. Estanislao Lopez, siendo Rosas su lugarteniente y general de las fuerzas de Buenos-Aires.

Las provincias contestaron unánimemente al llamado de la Convencion, declarando la guerra al gobierno existente en Buenos-Aires; y de este modo, Lavalle podia darse ya el placer de verse cara á cara con todos los caudillos reunidos, para cortarles la cabeza de un sólo sablazo.

Los unitarios dividieron su ejército en tres cuerpos. Destinaron uno de ellos á operar contra las montoneras de que se hallaba cubierta la provincia de Buenos-Aires; otro á Córdoba contra las tropas de las provincias, que allí debían reunirse, y el otro, al mando del mismo Lavalle, se dirigió á Santa Fé para batir las fuerzas de Lopez y Rosas, dispuestas á invadir la provincia.

En esto Lavalle cometía dos graves errores, fundados solamente en su audacia. Estos eran; el de dividir sus tropas en presencia de un enemigo muy superior en número, y luego el de alejarse é incomunicarse con su base de operaciones, que era la capital.

El cuerpo de ejército destinado á operar contra las montoneras de la provincia fué envuelto y destruido, con lo cual los otros dos quedaron enteramente cortados, incomunicados y rodeados de numerosos enemigos.

Lavalle habia pasado con sus fuerzas dos meses en Santa Fé, cansado en marchas y contramarchas, perdiendo sus caballos y agotando sus recursos, en una infructifera guerra de escaramuzas y guerrillas que le hacian los montoneros de Lopez, sin dar lugar á ningun combate formal.

Despues del descalabro sufrido en la provincia de Buenos-Aires, Lavalle se vió obligado á emprender la retirada de Santa Fé. Entonces las tropas de Lopez y Rosas penetraron en territorio de Buenos-Aires, trasladándose la guerra á esta provincia.

Los dos caudillos federales reunieron á sus fuerzas la mayor parte de los grupos y partidas que combatian en la campiña de Buenos-Aires, y formaron de este modo un ejército de 7.000 hombres, para oponer á los veteranos del general Lavalle, que tenia á sus órdenes mil y pico de soldados de su entera confianza.

Las tropas de línea fueron vencidas y se vieron obligadas á retirarse despues de una ruda y encarnizada pelea, tomando posiciones á tres leguas de Buenos-Aires, á orillas del río Matanza.

Despues de este hecho de armas, de todas partes acudían grupos á ponerse á las órdenes de Rosas, aumentando considerablemente sus fuerzas. Comprendiendo que estas eran ya suficientes para vencer á los unitarios, y en vista de los perjuicios que causaba á los intereses privados de la provincia la presencia de las tropas de Santa Fé, Lopez se retiró con sus fuerzas, dejando á Rosas el encargo de completar la obra del triunfo.

Pronto Lavalle se vió encerrado en la capital, donde trató de organizar una vigorosa resistencia. Todos los vecinos, sin distincion de clase ni edad, fueron obligados á empuñar las armas. Los caballos fueron declarados artículo de guerra y de comisados. Se encarceló á los sospechosos y se forzó á los extranjeros á tomar parte en el servicio militar, lo cual trajo complicaciones diplomáticas, acompañadas de una demostracion bélica por parte del jefe de la estacion naval francesa.

En esta situacion el general unitario envió órdenes terminantes al general Paz, que mandaba el ejército expedicionario del interior, para que fuese en su auxilio con la division de su mando; pero estas ór-

denes eran interceptadas por Rosas, que dominaba toda la provincia, y las dos divisiones unitarias permanecian completamente incomunicadas.

Lavalle quedó de este modo reducido á la inaccion, sin esperanza alguna de auxilio, viendo cada vez disminuidos sus recursos, escaseando los víveres en la ciudad, y temiendo á cada momento que estallase en ésta un movimiento sedicioso, por lo cual se decidió á proponer la paz.

Dirigiose, pues, al campo de su adversario, seguido tan sólo de un ayudante y dos asistentes; y habiendo llegado allí en ausencia de Rosas y hallándose fatigado, se echó y se durmió en la misma cama del caudillo de los enemigos.

Rosas encontró á su regreso á Lavalle que aún dormia; y despertándole para ofrecerle un mate, le dijo:

—¡Duerme usted muy tranquilo!

—Sé que estoy en la tienda de un caballero, y por eso he dormido así, contestó Lavalle.

Esta confesion en boca del matador de Dorrego, es por demás elocuente.

Los dos caudillos se pusieron enseguida de acuerdo para que se celebrasen unas conferencias, de las cuales resultó la paz bajo las bases de amnistia y olvido general del pasado, reconocimiento de los gastos hechos en la guerra, y restablecimiento de la legalidad existente antes del motin militar, para lo cual se procedería á unas elecciones de representantes, en que ambos jefes se comprometian á que fueran elegidos los mismos diputados de la legislatura disuelta violentamente por Lavalle.

Quedaron entonces expeditas las comunicaciones entre Buenos-Aires y el interior, por haber cesado el estado de guerra, y los de la capital vinieron en conocimiento de la victoria alcanzada por el general Paz en Córdoba.

Cobraron bríos con esta noticia los unitarios, y se dispusieron á forzar todos los resortes electorales, dando voto hasta á los extranjeros que habian tomado las armas á su favor. De este modo sacaron en la ciudad triunfantes sus candidatos, con lo cual rompieron el pacto celebrado y dejaron en descubierto al general unitario, obligándole á romper nuevamente las hostilidades.

Efectivamente, Rosas rechazó la eleccion de la ciudad como infractora del convenio, y el restablecimiento del estado de guerra á que este hecho dio motivo, produjo una gran alarma en la capital. A cada instante se creia ver estallar una sedicion. Los ministros unitarios renunciaron sus puestos. Los principales personajes del unitarismo se refugiaron en buques extranjeros, y hasta el mismo Rivadavia emigró del país. Sin embargo, los más exaltados exigian de Lavalle que continuase una resistencia, imposible, peligrosa é inútil, porque ni siquiera habia para ello medios ni recursos.

Lavalle se decidió por fin á reabrir las negociaciones, y en consecuencia, se celebró un tratado adicional para asegurar y completar el anterior.

Por este último convenio, se designa para gobernador provisorio al general D. Juan José Viamont, se le inviste de todas las facultades extraordinarias indispensables para la ejecucion de los tratados estipulados, y para asegurar la paz, el orden público, la libertad, la propiedad y la seguridad de los ciudadanos; se ponen bajo su obediencia todas las fuerzas de mar y tierra; se restablece la misma legislatura que habia sido disuelta por los unitarios, y se crea un senado consultivo compuesto de veinte y cuatro miembros, elegidos de entre los notables del país en las clases de militares, eclesiásticos, hacendados y comerciantes.

El ejército de línea fué disuelto, y el de Rosas entró en la ciudad pacíficamente, aunque con aires de vencedor.

La administracion fué cambiada, restableciéndose en sus puestos á los funcionarios públicos del tiempo del gobierno de Dorrego.

Lavalle se retiró á Montevideo, execrado de los vencedores, que le hacian responsable de las desgracias pasadas; y acusado por sus partidarios, por no haber sabido sostenerse.

Rosas volvió con sus fuerzas á la campaña á ejercer su empleo de comandante general, anunciando por medio de una proclama, que la provincia se hallaba pacificada.

El gobernador Viamont, en cumplimiento de su mandato, convocó poco despues la legislatura, que se reunió á los seis meses de celebrado el convenio.

Uno de los primeros actos de este cuerpo, fué la

eleccion de gobernador permanente, la que recayó en la persona de Rosas, por la mayoría de 32 votos contra 1; es decir, casi por unanimidad.

Hé aquí el acto definitivo que elevó al poder al célebre dictador, acto que por lo demás no era otra cosa que la consecuencia lógica y forzosa de los antecedentes que hemos expuesto.

La eleccion de Rosas por la cámara de diputados, no era más que la sancion y confirmacion de un hecho que estaba en la conciencia general del país. En realidad, Rosas gobernaba ya moralmente por su influencia y su fuerza ántes de ser elevado á la silla del gobierno, y su eleccion á nadie podia sorprender. Solo el círculo unitario estaba descontento y despechado contra Rosas, como lo hubiera estado contra todo otro hombre de su bando.

Rosas no habia empleado, ni el motin, ni la violencia, ni el crimen, ni la ilegalidad, ni las persecuciones, ni el engaño, ni la apotasia, para llegar á la cumbre del poder; por el contrario, su consecuencia no habia sido desmentida un solo instante.

Poco ántes de esta elevacion, continuó haciendo protestas de sus principios conservadores, de querer la paz del país, la tolerancia y la concordia entre los ciudadanos, y el imperio de la ley, en cuantas ocasiones públicas particulares se le presentan de manifestar sus sentimientos.

Pocos hombres ha habido que suban más rodeados que Rosas por el aura popular.

Manuel Bilbao, escritor apasionado en contra de Rosas, dice con tal motivo:

«Rosas era popular en aquella época. Fuera del círculo político que habia caído con Lavalle, el resto de los habitantes de la provincia de Buenos Aires, apoyaba la exaltacion de Rosas al poder. Los hombres que buscaban el reinado de las instituciones, para cimentar un orden liberal en la administracion, hombres sanos y de inteligencia, consideraban á Rosas un poder fuerte, que contribuiría á ese establecimiento de cosas.»

Continuando despues el mismo escritor, agrega:

«La reunion de todas estas aspiraciones, que cifraban en Rosas la satisfaccion de sus deseos, agregado al elemento campestre que habia triunfado del ejército de línea, teniendo por caudillo á su comandante general, y al anhelo vehemente de la mayoría de los propietarios de cimentar la paz, vinieron á formar de Rosas el hombre necesario, el deseado de las mayorías, y, por consiguiente, el candidato genuino para gobernar la provincia.»

»La eleccion de Rosas fué obra de la opinion.»

«Comunicado, continúa el mismo escritor, el nombramiento que la legislatura hizo el día 6 de Diciembre de 1829, procedió á recibirse del poder el día 8 en medio de una concurrencia frenética de entusiasmo que le vitoreaba á su paso.»

Es necesario conocer los detalles que caracterizan este hecho, que forma época en la historia argentina y que pinta los tiempos, la situacion y el carácter de un personaje de tanta celebridad histórica.

En el proyecto de ley que votó la legislatura para el nombramiento de Rosas, hay un artículo en que se le confieren facultades extraordinarias. Ese artículo fué objeto de una amplia discusion, en que se agotaron en pró y en contra todos los argumentos.

Convenian en general todos los representantes en que la paz pública no estaba bien asegurada, en que la alarma cundia en el país y en que el orden estaba amenazado por los trabajos del partido derrocado; pero unos querian hacer frente á estas dificultades aplicando las leyes ordinarias, al paso que los otros querian que á aquella situacion extraordinaria se aplicasen medidas extraordinarias tambien.

Esta es la eterna discusion que se reproduce en todos los tiempos y países donde surge un estado de perturbacion del público sosiego; mas este problema espinoso aún no ha sido resuelto definitivamente por los políticos en el terreno de la teoría, aun cuando todos los gobiernos han apelado en la práctica á medidas extraordinarias al presentarse un motin, sedicion ó estado de guerra.

En esta ocasion, la mayoría resolvió investir al poder ejecutivo de las facultades extraordinarias, con objeto de arreglar la administracion, afianzar el orden y prevenir los ataques de los anarquistas, segun palabras textuales.

Rosas prestó solemne juramento en manos del presidente de la Cámara, y convertido ya en dictador dirigió la palabra á los representantes en los siguientes términos:

«Honorable Representantes:

»Me habeis llamado á servir un destino penoso por sí, sin prestigio alguno, y más que todo difícil por las circunstancias.

»Habeis creído que aún puedo prestarme á mayores sacrificios que los que cuenta la carrera de mis días, nombrándome para ocupar la silla del gobierno.

»Mi inclinación, señores, el conocimiento de mí mismo, lo nuevo del suceso, no han estado de acuerdo con un nombramiento que enérgicamente resisten. Pero la circunstancias han podido más que todo y por su influjo lo he aceptado.

»En vuestra presencia, señores representantes, he jurado cumplir con los deberes de mi nuevo cargo. Procuraré ser fiel; más como por mí solo nada soy, desde ahora invoco la cooperación de todos para corresponder á tan elevada como espinosa confianza.»

El presidente de la sala contestó este discurso proclamándole á nombre de los representantes restaurador de las leyes é instituciones, administrador de la Hacienda pública y custodio de la seguridad general.

Al recibir de las manos del general Viamont el baston del mando, Rosas dirigió estas palabras á su antecesor:

«General: procuraré devolver el baston que da vuestras manos ha pasado á las mías, tan lleno de honor como me lo entregais.»

El primer paso de Rosas en el poder fué mandar hacer, en memoria del infortunado Dorrego, unas solemnes y suntuosas exequias, á que concurrieron todas las corporaciones, el ejército y el pueblo, que todo entero iba escoltando el féretro.

Aquella fué una ceremonia imponente. Todo el pueblo enternecido se vistió de luto. Las casas se adornaron con fúnebres crespones. El mismo Rosas, con todo su cortejo oficial, asistió á la ceremonia.

La legislatura trató despues de exaltar á Rosas confiriéndole honores de todo género, hasta tal punto que jamás nadie los habia recibido en el país.

Al saberlo el dictador, se dirigió á la Cámara invitándola á desistir de su proyecto, en términos que harian honor á todos los Cincinatos de los tiempos antiguos.

«Basta, señores, decia en su nota, la aprobacion unánime de los representantes para que las aspiraciones del infrascrito queden satisfechas; basta que la Sala reconozca que le ha cabido la gloria de contribuir á la restitucion de las leyes, para que el infrascrito pueda legar á sus hijos una leccion cívica más infuyente que todas las condecoraciones. La conversion de este suceso en un título de honor permanente, si bien muestra la liberalidad de los representantes, es un paso peligroso para la libertad del pueblo, y un motivo quizá de justa zozobra para los que no penetran en la conciencia del infrascrito; porque no es la primera vez en la historia que la prodigalidad de los honores ha empujado á los hombres públicos hasta el asiento de los tiranos.»

«En medio de tan graves consideraciones, continúa despues el dictador, el infrascrito faltaría á sus más veraces sentimientos si omitiese pedir, como pide, que la Sala se limite á declarar si su conducta pública ha merecido ó no su aprobacion, dejando á un lado títulos y rangos que al presente vendrian á privarle de la inmensa satisfaccion de haber aprovechado la oportunidad de dar testimonio solemne de sus principios.»

«Esta prévia manifestacion, añade al final de su misiva, no es de la naturaleza de aquellas que han servido en iguales casos para avivar el cange de comedimientos y lisonjas que terminan por envilecer el más alto premio: ella es absolutamente irrevocable, porque en su sentir envuelve tambien el honor de la Sala; pues no es suficiente para embotar los tiros de la maledicencia, que no exista en la casa de los Representantes una mayoría facciosa, ni que sus discursos sean tan libres como sus pensamientos. La censura se afanaría en escudriñar todas las influencias y analizar todos los sucesos, para que apareciesen connivencias innobles que desvirtuasen vuestras sanas intenciones.»

En vista de esta comunicacion de Rosas, la Sala de Representantes modificó su proyecto despojándolo del cúmulo de condecoraciones y honores que contenía, y reduciéndolo á aprobar la conducta del dictador durante la guerra, á declararlo restaurador de las leyes y á conferirle el grado de brigadier general.

Rosas contestó á esta nueva resolucio[n] pidiendo á la Cámara que al ménos le permitiese no usar el nuevo grado que se le otorgaba hasta despues de haber abandonado el poder, cuya pretension la legislatura se negó á consentir.

Continúan los enemigos de Rosas considerando estos actos externos de ostensible austeridad y desprendimiento como fruto de una refinada hipocresía para encubrir su ambicion y sus perversas intenciones.

¡Singular tiranía y singular ambicion la de Rosas, que tomaba todas las formas de legalidad, de modestia, de desprendimiento y de abnegacion!

Crean que Rosas fué un poder personal, y nada hay más lejos, sin embargo, de la verdad.

Rosas fué más bien una necesidad de la época. Las circunstancias lo buscaron y lo hicieron salir á la superficie, sin que él tuviese parte en los sucesos que lo sacaron á la escena.

Se le habia obligado á hacer la guerra y á ponerse contra su voluntad al frente de las masas. Se le habia ido á buscar á su tienda para hacer una paz que le concedia un triunfo más completo que la más acabada victoria. Se le elegia gobernador en su ausencia por una Cámara en cuya eleccion no habia tenido parte alguna, siendo de notar que esa eleccion fuese, puede decirse, por unanimidad. Aquella misma Cámara le otorgaba ya antes de ser gobernador facultades extraordinarias que no habia pedido, y le llenaba de títulos, condecoraciones y honores que rechazaba.

D. PEDRO ARNÓ.

(Se continuará)

FOLK-LORE

Ginocchi Fanciuleschi Siciliani. Raccolti e descritti da Giuseppe Pitre.—Palermo; Luigi Pedone Lauriel, editore, 1883. (Un tomo en 8.º, páginas LXXI-459.)

Los tres juegos 98, 99 y 100 (págs. 189 á 195) titulados *A lu lupu picciuneddu*, *A cani canuorru*, *All'Orucimineddu*, corresponden, aunque algo variado, al juego nuestro de la *Gallina ciega*, que tambien tiene en España algunas variantes.

Los juegos 111 y 112 (págs. 201 á 204) titulados *A Tirrichi Tirrichi* y *A Sdirrubba-muntagni*, cuya variante palermitana titúlase *A cudduredda'un fu'io*, corresponden á uno que recogimos en Sevilla titulado *Yo fui, yo fui*, que consiste en ponerse todos los muchachos en fila detrás de otro que está con la cabeza metida entre las piernas del director del juego; uno de la fila pega un pellicio al vuelto de espaldas, y despues, cuando sueltan á éste para que coja al que ha sido, comienzan todos a saltar, diciendo en coro: *yo fui, yo fui*.

El 122 (*A Sticala cozza e calati la crozza*) corresponde al nuestro titulado *La piola*, que se juega mucho en Sevilla y tambien en Madrid por los muchachos del pueblo y aun por los trabajadores, cuando salen de sus faenas.

El 123, *A deci* (pág. 220), es algo análogo al anterior y á los conocidos en Andalucía y Sevilla con los nombres de *La comba* y *A la una, anda la mula*.

El juego 126 (pág. 229), llamado *A Scavu su'mastru!* corresponde á un juego extremeño recogido por el laborioso folk-lorista Sr. D. Sérgio Hernandez, en Zafra, y titulado *El oficialito*.

El juego 129 (pág. 231), titulado *A tracu longu*, corresponde á juegos existentes en Cataluña é insertos en la coleccion del Sr. Maspons, *Joehs de la infancia*, que en esta ocasion no tenemos á la vista.

Los juegos 132, 133 y 134 (págs. 241 á 249), llamados *A tita, tita, tita*, *A lu zu pi curaru* y *A mannira e lupu*, corresponden á nuestro juego de *La cadena* y al que juegan las niñas cantando *Al alimon, al alimon—que se ha roto la fuente.*—*Al alimon, al alimon—mandarla componer.*

El juego 137 (págs. 258 á 259) *A Santa Catarina di Sena*, es algo parecido al nuestro titulado *Zarcillos de oro*, y tambien *La niña de los ojos negros*, en que nos ocupamos en *El Folk-Lore Andaluz*, comparándolo con otro juego portugués, recogido por el Sr. D. Joaquin Araujo.

El juego 139 (pág. 261), *A li Cultura*, corresponde al nuestro titulado *Los colores*.

El juego 146 (pág. 272), *A li quatre cantuneri*, es el muy conocido nuestro titulado *Las cuatro esquinas*.

El juego 154 (pág. 278), *A Rumè*, corresponde al nuestro *La arboleda*, que en Extremadura llaman *Hilo morao*. La formulilla es *Similis herba* (que Fernan-Caballero y yo, en mi libro de *Adiciones*, pusimos por equivocacion y entenderlo así, *Simil y serva*); la formulilla es, repetimos,

Similis herba
Cantaba la perra
Un arbolito
De esta manera.
Etc.

Aquí seguian las particularidades aplicables al árbol, planta ó fruta de que se trataba. ¿Indicará el *similis herba* un origen antiguo ó semiculto de este juego adivinatorio?

El juego 163, *A Figgiana jiatia* (pág. 286), corresponde, segun nuestro citado amigo el Sr. D. Sérgio Hernandez, que tiene próxima á dar á la estampa una coleccion de juegos extremeños, al juego conocido en Extremadura con la formulilla

Cucharon, ron, ron.

El juego 176 (pág. 296), *A S. Micheli*, corresponde al nuestro *San Miguel y el diablo*, cuya breve descripcion hicimos en la tarjeta fotográfica que de este juego publicamos.

Los juegos 192 y 93 (págs. 312) *A latri e sbirri*, *A li latri e lu judici*, corresponden á los nuestros titulados *Justicia y ladrones*, *Carabineros y contrabandistas*.

El juego 201, *A la cerra*, corresponde á nuestras *guerras y pedreas* entre muchachos de opuestos bandos: *moros y cristianos*, y aun los de unos barrios con otros, cosa muy frecuente en Andalucía.

El juego 204 (pág. 327), titulado *A li carrili*, corresponde á uno que hace muy pocos días ha recogido mi señora madre en la ciudad de Llerena (Badajoz) con el nombre de *salta barriles*.

El juego 205 (pág. 328), titulado *A lu Meccu*, es juego importante por el trabajo que sobre él ha hecho el ilustre Tylor en su obra *Primitive culture*. En España existia ya en el siglo XVII, y Alonso de Ledesma lo cita en sus *Juegos á lo divino*. La fórmula que empleaban los muchachos, y aún emplean hoy, al pasarse el fósforo de mano en mano, era: *Sopla, vivo te lo doy*.

El juego 209 (pág. 331), titulado *A l'Apuni*, corresponde á un juego español llamado *El abejon ó el abejorro*, que recuerdo haber jugado en Sevilla.

El juego 218, titulado *A l'urfandedla ó A lu prehi*, es de la indole del llamado *Los soldados*, de que se habla en la citada obra del Sr. Maspons, con la diferencia de que en el juego italiano se trata de procurar el ajuar para la huerfanita que va á casarse, y en el catalán de vestir á un soldado. Ambos juegos, como el de vestir una muñeca, encierran, como otros muchos, un alto valor pedagógico.

Despues de esto, recuerdo un juego español análogo que comienza:

Mariposa, mariposa
Toda vestida de rosa,
A la luz del candil
Sal, mariposa, aquí.

Este juego consiste tambien, como el italiano, en proponer á Mariquita el traje de desposada.

El juego 223 (pág. 341), llamado *A ven'na navi carrica di...* y corresponde al conocidísimo nuestro de *apurar una letra*, que suele comenzar:

*De la Habana ha venido un barco
cargado de...*

El juego 225 (pág. 342), *A vola vola l'adedu*, corresponde al muy conocido de prendas nuestro en que el que hace de director ó directora del juego comienza diciendo:

Vuelan, vuelan...

El juego 228 (pág. 348), llamado *A Ferru a focu*, es una forma del *Tira y afloja*, y pertenece á la misma série de éstos.

En el juego núm. 233 (pág. 352) terminan los llamados *Ginocchi*, y siguen otras producciones análogas con el título de *Divertimenti, pasatempi, esercizi*.

En esta nueva seccion encontramos tambien muchos pasatiempos análogos á los que con más frecuencia emplean nuestros muchachos.

El núm. 234 (pág. 255), *A l'uridi prima*, corresponde á nuestro juego llamado *A ver quién se rie primero*.

Los núms. 235 y 236 (págs. 255 á 257), titulados *A Ciusciarissi muca y uncia*, existen tambien en España, aunque no recordamos en este momento el nombre especial con que son conocidos.

El juego 238 (pág. 357), *A lu Focu di focu*, corresponde al juego que hacen nuestros muchachos disparando cañoncitos de caña que, cuando tienen dinero, sustituyen por los de metal que compran en las tiendas.

El juego 239 (pág. 357), *A manacciati*, corresponde al nuestro llamado *Calienta manos*, cuya conocidísima fórmula dice: *Té, chocolate y café*.

El juego 241 (pág. 358), *A cavu-caouseddu*, es nuestro juego llamado *La sillita de la reina y La sillita de manos*.

El núm. 243 (pág. 360), *A la Bozza*, corresponde á nuestro juego *La campana*.

El núm. 244 (pág. 361), *A vocaysita*, si no recordamos mal, corresponde al titulado *Llevar el gato al agua*, modismo ó frase que encierra el nombre de este juego, ya comun en tiempo de Rodrigo Caro.

El 245 (pág. 363), titulado *A Pedi all'ona e a la cazzi-catumnuba*, corresponde el juego de agilidad que llaman nuestros muchachos *Poner los piés para arriba y la cabeza para abajo*.

El 246 (pág. 364), titulado *A sferriaris*, lo hay tambien entre nosotros.

El núm. 248 (pág. 364), *A lu Carriteddu*, corresponde al nuestro llamado *La carretilla*.

En el núm. 249 (pág. 365), con el título *A natarsi*, in-

serta aquí el autor una serie de juegos natatorios, entre los cuales hay uno que corresponde exactamente a lo que en España se llama *Hacer el muerto*.

El juego 251 (pág. 368), *A curriri supra la ciaca*, recuerda alguna de las infinitas formas de nuestro juego *La carrera ó correr*.

El núm. 253 (pág. 367), *A li cavaddi*, corresponde al comunísimo en España titulado *Los caballos*.

El 254 (pág. 369), *A fari li ballunedda*, es el nuestro que consiste en hacer pompitas de jabón y echarlas desde alto para verlas volar reflejando, ó mejor dicho, descomponiendo en mil colores los rayos del sol.

El 255 (pág. 370), *A fari lu bottu*, corresponde al entretenimiento de nuestros chiquillos de hacer bolas ó pelotas de fango y tirarlas á la pared.

El 256 (pág. 371), *A cui nni mancia echiu assai*, es la diversion de nuestros niños, que consiste en tirar tejoletas al agua de un río ó estanque á ver quién logra con ellas cortar mayor número de veces el agua.

El 258 (pág. 372), *A la Gorgia*, consiste en tirar al aire un higo, una uva, etc., y esperarle con la boca. Es frecuente en España. En Sevilla había un muchacho tonto de gran habilidad y no menos boca para esperar los higos de tuna que le echaban por el aire para divertirse con él, viéndole comerse hasta cincuenta y más, sin que uno solo cayera al suelo.

El 262 (pág. 374), *A fari lu Casteddu*, más bien que un verdadero juego, es una forma de manifestarse la afición de los muchachos á hacer construcciones de casas con barro y chinillas ú otra sustancia á propósito.

El núm. 266 (pág. 377), *A circari chiova*, recuerda las cancioncillas con que nuestros muchachos saludan la lluvia; v. gr.:

Llueve, llueve, llueve,
Pajarita verde,
Para los trigueros
Que están granaditos,
Para la cebada
Que no vale nada.

Y la canción que se usa en Castilla:

Que llueva, que llueva
La Virgen de la Cueva;
Los pájaritos cantan,
Las nubes se levantan.
Que sí, que nó,
Que llueva chaparrón.

Canción que parece á nuestro querido compañero Sr. Olavarría y Huarte como un fragmento de un diálogo que debe ó debió ser más extenso.

El juego 267 (pág. 378), *A lu Roggiua suli* recuerda la costumbre de los muchachos de Madrid de prenderse con un alfiler en una de las mangas de la chaqueta los estambres de una flor que, por tener la propiedad de irse enroscando y dando vueltas en torno del alfiler, que les sirve como de eje, toman el nombre de *relojes*.

El 270 (pág. 379), *A Gari lu specchiu*, que consiste en lanzar sobre los que pasan los rayos del sol reflejados en un espejo, existe entre nosotros, aunque sin nombre especial, que yo sepa.

El 271 (pág. 379), *A Fari li stiddi*, es una verdadera pega que consiste en hacer mirar á uno las estrellas, y mientras las está candorosamente mirando hacerle alguna pesada burla de obra que le hace ver realmente las estrellas.

El 273, *A Ura di metiri e*, corresponde también á otros juegos y pesadas burlas empleados por nuestros muchachos, y especialmente por nuestros pastores y gañanes. Creemos inútil decir que el mérito principal de estas gracias consiste en hacerle medir á uno el suelo con las espaldas, como, v. gr., en nuestra *zuncadilla*, etc.

Giocattoli e Balocchi es el título de la penúltima sección de este libro. En ella y en las láminas que la ilustran encontramos varios juguetes parecidos ó iguales á los que emplean nuestros muchachos en sus juegos, tales como el *pandero* ó *la cometa*, la *sierra* que hacen los muchachos con un hilo en la boca, la *cuna* y las varias formas que de ella derivan, la *arrebolera*, la *perindola*, la *cerbatana*, la *escopeta de caña*, la *flecha*, *reclamos de pájaros é instrumentos de música* hechos de hueso y caña, huesos de fruta, etc., la *pajarita de papel* y sus derivados, y otros análogos que no recordamos á la simple lectura.

A esta sección y precediendo á la última (págs. 431 y 432) titulada *Modismos proverbiales derivados de los juegos* sigue una pequeña colección de *Juegos infantiles sicilianos existentes en el siglo XVII*, con que el autor ilustra su excelente obra, la mejor que respecto á juegos infantiles se ha escrito en este siglo en los países de la Europa latina, y una de las mejores, aún siendo todas buenas, de las obras que componen la excelente *Biblioteca delle Tradizioni popolari siciliani*.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

HISTORIA CURSI

«Salime yo una mañana
Del sol al primer reflejo...»

es decir, al primero de los que le vi al ardoroso Febo, que con sus brillantes y doradas crenchas iluminó el día 13 de Junio de 1883, que sería, *plus minusve*, uno de los que dieron fin á las horas de nona. Salime, como el recuerdo del infortunado Serra me obligó á decir, en union de mi amigo Martínez, que vivo y sano esta y no me dejará por embustero, con el honrado propósito de buscar por las librerías de viejo, como suele decirse mal y ordinariamente, un ejemplar, que le tenía ofrecido, de un libro que escribí hace ya tiempo y del cual ni conservo ni se encuentran ejemplares, á pesar de haberse publicado, según el editor me asegura, otra edición, no sé si corregida y disminuida, que ambas cosas le hacían mucha falta.

Importa á la veracidad de la historia, que pienso referir, el detalle consignado, y bueno es hacerlo constar para que no crean los mal pensados que lo apunto por vanagloria; pues tan lejos estoy de enorgullecarme por ello, que, si me fuera permitido expresar mi opinión con el desparpajo y la campechana ingenuidad de un naturalista, atribuiría la escasez de ejemplares del libro, á la flexible suavidad del papel en que se imprimió, al gran consumo que de sus páginas habrán hecho las abacerías, ó á cualquier otra cosa por el estilo, quedando de este modo, sino seguro de haber dado con la causa verdadera, satisfecho de haber pagado con mi franqueza el tributo que debemos todos á la verdad, y del cual ni quiero eximirme ni quiero ser deudor.

Por lo que dicho llevo, habrá adivinado el lector perspicaz —que siempre lo es el que lee mis artículos— que soy fiel cumplidor de mis palabras, y ya por aquí me ahorro la vergüenza que esta confesión habría de ocasionarme, hoy que cualquier mequetrefe se jacta de no cumplirlas, porque abrumado, según dice, de ocupaciones y amistades, no puede atender á éstas sino con esperanzas; y supuesta la perspicacia del lector, me ahorro también la dolorosa, pero en otro caso necesaria, declaración de mi escasa valía y la secuela de mis escasísimas ocupaciones, pues sólo sabiendo que no tengo nada que hacer, comprendería el lector poco avisado, para el cual la debilidad de mis fuerzas será moneda corriente, que yo mantuviese de algo más que de promesas las amistades con que me honro.

Verdad es que el destino, avaro de mis dichas, tarda á veces, más de lo que puede soportar con paciencia mi deseo, en conceder á la voluntad el poder que ha de proporcionarme el goce de cumplir mis ofertas; pero también es verdad que jamás las olvido ni dejo de cumplirlas, como no sea cuando me lo impide algo que no puede vencer mi voluntad; y como vagar sobrado y cuartillos suficientes—para el propósito, si no para el deseo—tenía el día 13 de Junio, salí de casa de mi patrona decidido á que no quedase sin cumplimiento, por deplorable excepción de mi buena costumbre, la palabra dada al amigo Martínez, ya que el primer paso es el que más cuidadosamente se debe evitar, cuando ha de darse en un mal camino. Y para lograr mi propósito, hice revolver sus empolvados anaques y preñados estantes á cuantos en la villa del oso, al comercio de libros viejos se dedican.

Acaso pensarán ustedes que renegando de mis visitas quedarían los vendedores, porque del anterior relato parece lógico deducir que si infructuosas para mí, para ellos serían poco lucrativas; pero á fin de destruir tan errónea creencia, debo enterar á ustedes de que, por ser muchos mis autores predilectos, y más los cautivos entre paredes de polvo y hasta con grilletas de pegaduras innobles algunos de ellos, no emprendo jamás excursiones por las librerías de viejo, sin haber provisto de algunos reales mis de ordinario exhaustos bolsillos, con el objeto de que pueda mi bondadoso corazón ejercitarse en la sexta obra de misericordia, que es la que con más placer cumple las pocas veces que la Providencia se lo permite.

Como el que se vé asediado de apremiantes ocupaciones y obligado á pasar por los sitios en que teme encontrar amigos que le entretengan, aprieta el paso, de igual modo, gracias (?) á mi poco dinero, corrían por entre tantos libros mis ojos, temerosos de tropezarse con algún desventurado amigo que, moviéndome á compasión, me obligase á estrujar la bolsa, que no estaba para muchas sensiblerías, pues un sablazo, por pequeño que fuera, le habría cosido y aún pegado el pecho con la espalda. Mas como no hay temor de compromiso de dinero que no se realice, «Obras de G. A. Becquer» leí en la cubierta de un libro, con una pena semejante á la que experimentarí el que hallara cautivo á un hermano y creyese que se encontraba sin medios para redimirle.

—¿Cuánto valen? me atreví á preguntar al judío, aunque estaba seguro de que valían más que los tesoros de Creso.

—Una peseta—me dijo el vendedor.

Era muy grande la dicha para que sin dudar la aceptase; así es que miré receloso á aquel hombre, creyendo que trataba de burlarse de mí; pero la ingenuidad se pasaba por su placentero semblante, y aún no había acabado de convencerme de ello, cuando me encontré en la calle con una peseta menos en el bolsillo, pero con dos tesoros más bajo el brazo izquierdo, que ya algunos amparaba: y no parecía sino que los había robado cuando del lugar de su hallazgo me alejaba con tanta prisa, temeroso de que el vendedor se arrepintiera.

Mi amigo Martínez, por el contrario, creía que por la mitad, y aún quizá por menos de la mitad de lo que yo di, se hubiera traído cualquiera misma la obra, y hoy, que miro las

cosas á treinta días de distancia, casi me hallo dispuesto á confesar que él discurría con más sensatez que yo.

Si ahora me diera la tentación de describir los castillos en el aire que el encuentro de las obras de Becquer en tal sitio, me hizo construir, creerías, de seguro, que trataba de sustituir la ofrecida historia con alguna reminiscencia de los tan conocidos cuentos de *la buena pipa*, *el gallo pelado*, etcétera, etcétera, con que las cansadas nodrizas burlan la insaciable curiosidad infantil; porque el cuento de nunca acabar sería el de las reflexiones que hice acerca de la situación en que debió encontrarse el que se vió obligado á vender las obras de Becquer; las esperanzas de averiguar, por alguna indiscreta anotación, ú otra causa inexpectada, el carácter, la situación pecuniaria y hasta el modo de ser del antepenúltimo poseedor del magnífico ejemplar que oprimía contra mi pecho: en dos palabras; si os contara las historias probables de aquel ejemplar; historias más interesantes en algunas ocasiones, como ha dicho no sé quién y aplicándolo en otro sentido, que las que el libro encierra en sus páginas.

No es mi propósito el de abusar hasta ese extremo de vuestra paciencia, y, por consiguiente, me limitaré á referiros la conversación que tuve con Martínez, desde que compré el libro hasta que se despidió de mí, que fué cuando, merced á su habitual galantería, me dejó á la puerta de mi casa.

—Pobre Becquer! exclamé inclinando la cabeza y haciéndola girar un poco de derecha á izquierda para ver los volúmenes; fuiste muy desgraciado, y esto bastaría, si no sobrasen tus merecimientos, para calificar de injusto al que condenó tu obra á rodar entre apollillados infolios, viejas prematuras y lisiados en los combates contra la ignorancia, exponiéndola á ser estrujada, roída y desgarrada, en vez de ser, cual merece, cariñosamente agasajada, acariciada y compuesta por amorosa mano!

—¿Sabes, por ventura, replicó Martínez, cómo se vería el que por cuatro ó seis cuartos tuvo que deshacerse de este libro? Acaso el producto de su venta serviría para comprar un panecillo, y salvaría de mortal peligro al hijo del vendedor, nuevo Moisés, quizá tal vez un Becquer de tres años.

—Es verdad, confesé; debí hacerme cargo, de que por darle de comer á un hijo, puede uno separarse de aquellas obras que se leen con el corazón.

—Otra de tus infinitas *chifladuras* me objetó. Este ejemplar puede proceder de alguna librería vendida por necesidad y sin expurgo; el juzgado, en pública subasta, adjudicó la librería en que estaba para pago de deudas; el antiguo poseedor lo estimaba más justamente que tú, y sin embargo, se deshizo de él por algún apuro ó capricho, como harás mañana cuando empieces á vivir en la vida real, y no en esas romancescas regiones, habitadas por los modernos caballeros andantes, en donde todo es purísimo, porque no llega allí la levadura de la imperfección humana... lo único real de este mundo. ¿Cuándo acabarás de convencerte de que todas las cosas no pasan más que como deben pasar, y, por consiguiente, de que toda censura envuelve un fondo de injusticia?

—Jamás, repuse; porque jamás pondré en duda la libertad humana.

En esto llegamos á la puerta, y Martínez se despidió de mí, aunque no sin haberme tenido antes un gran rato, tan atento como me permitía la impaciencia que sentía por conocer el libro, bajo la prensa de una disertación sobre lo que él llamaba, consecuente con su materialismo, *apariencias de libertad*; que no eran otra cosa que el rodar forzoso de la humana piedra por la montaña de la vida, hasta que hallaba en la muerte su verdadero centro de gravedad, al cual fatal y necesariamente la conducían su pesantez y los obstáculos del camino, que desviándola de la recta le daban las apariencias de libertad que á tantos engañan.

Subí con desusada precipitación la escalera de mi chiribitil, ansioso de recorrer una por una todas las páginas del libro; y cuanto más avanzaba en su lectura, tanto más penosa era la impresión que la blancura de la siguiente causaba en mi espíritu. Aquella limpieza que habría estimado otro más cuerdo, me hacía daño; con tanta fe esperaba hallar la perla de mi historia, que cada hoja que volvía, cada concha vacía que encontraba, me hacía sufrir una horrible decepción.

Hay dolores que parecen eternos: cuando ya mi esperanza iba desvaneciéndose, pasaba febrilmente las hojas, temeroso de que no acabaran nunca mis desengaños; pero tan miserable es la condición humana, que ni aún en sus dolores encuentra la idea de la eternidad, y esto le lleva á dudar de una Providencia que le ha negado hasta la eternidad del sufrimiento, que haría tangible la idea de lo infinito.

Bien quisiera, lectores míos, que esta historia tuviera otro desenlace; pero no es mía la culpa, ni yo soy osado á enmendarle la plana á la Naturaleza. Una tarjeta olvidada, una hoja, arrancada por un resto de pudor, en la cual hubiera escrita una dedicatoria, venidas entre natural y milagrosamente á mis manos, hubiera tal vez sido artístico y digno remate de esta casita construida con piedras arrancadas por mí en las canteras de la realidad, y no con los cartones que producen las fábricas de la imaginación; mas por esta vez habremos de contentarnos con las probabilidades, dada la imposibilidad de la certeza.

Este ejemplar no ha pertenecido á un pobre: como el agua está cara y el tiempo escaso, las manos de la pobreza no pueden estar tan pulcramente aseadas que manoseen las hojas de un libro sin dejar en alguna la marca de sus dedos.

Su antiguo dueño habrá sido alguna damisela, algún banquero, algún académico ó algún lacayo.

Una mosca hubiera dejado en él la huella de sus patitas;

se necesita pensar en alguno que sea menos personal que una mosca.

¿Estamos conformes, amigo Martínez?

MICRÓFONO.

REVISTA DE MADRID

Decir que el Carnaval está muy malo, que asistimos a su agonía, y que esas máscaras grotescas que de media en media hora nos encontramos por las calles, son sus últimas manifestaciones, los postrimeros esfuerzos con que el que muere se resiste a esa ley fatal que pesa sobre las instituciones lo mismo que sobre los individuos, es cosa que tanto y tanto se ha repetido en todos los tonos y en todas las revistas, que de buena gana pasaría a hablar de otra cosa; pero las jeremiadas son de rigor en estos casos para todo revistero que en algo estime su buen nombre: la muerte de esa fiesta que tanto divertía a nuestros abuelos, es el pie forzado de toda crónica madrileña, y no hay otro remedio que hacer la ya apuntada afirmación y llorar algunas lágrimas sobre la tumba abierta en que va poco a poco desplomándose el Carnaval, enuelto todavía en su grotesco traje de Pierrot.

Si, el Carnaval muere; digámoslo por millonésima vez. El Carnaval muere, y le mata su natural alegre y retozon. El Carnaval es animación, bullicio, alegría, satisfacción del alma, esparcimiento del espíritu, necesidad de correr, de gritar, de divertirse, y la época que atravesamos es funebre. La Cuaresma, toda recogimiento, toda meditación, toda tristeza, está más en armonía con nuestras ideas y con nuestros sentimientos. Las generaciones que ayer gozaban tanto en esos días de locura, no tenían la aspiración sublime que hoy tenemos de dominarlo todo, de atrevernos a todo, de llegar a poseer el secreto de todas las ciencias y el punto de vista de todas las artes. Más humildes, ó menos ambiciosas, eran también más contentadizas que nosotros. Dejaban a Dios quieto en su altar para no tomarse el trabajo de buscar algo con qué sustituirle. No querían viajar por el aire como los pájaros, ni vivir bajo el agua como los peces. Jamás fueron a las selvas primitivas a pedir a los monos antropomorfos el misterio de nuestro origen. Viajaban en galera por temor a andar muy de prisa; daban la suma del poder humano a un solo hombre para que éste se lo entregase todo hecho, y comían a la puerta de los conventos la sopa que los frailes les repartían, sin ocurrírseles nunca que no debían ser ellos los que comieran las migajas.

A gente así, tan sencilla, tan poco cuidadosa de sus intereses, que no tenía motivo serio de preocupación, porque todos los desechaba, estos tres días habían de venirle perfectamente y como anillo al dedo. Los pobres se disfrazaban de ricos, los humildes de poderosos, los que tenían feo el rostro se ponían caretas hermosísimas, y durante esos días todas las clases se confundían, se entremezclaban, y eran felices a tan poca costa, porque con eso satisfacían las únicas necesidades que les daban algún cuidado: las necesidades materiales.

Pero, de entonces acá la humanidad ha crecido mucho; considera el antifaz como un juguete y lo arroja con desden a un extremo de la habitación en que se viste para ir al club, al Ateneo, a la Cámara. La juventud, preocupada con la solución de graves problemas, no tiene un solo instante de reposo, y se reprocha como un crimen el tiempo que roba a sus valiosas disquisiciones. Dicen que la locomotora es el símbolo de nuestro siglo, y es verdad, porque el siglo va de prisa. ¿A dónde? ¿Quién lo sabe! Cuando el progreso que se persigue es un progreso racional y el camino poco expuesto a tropezones, moverse es un bien inapreciable; pero la marcha que seguimos tiene más del vértigo de la locura, que del andar reposado de la razón. Si solo progresásemos en sentimientos, en ideas, la humanidad llegaría a su mejoramiento; pero queremos caminar en todo con la misma velocidad, y eso es un absurdo.

El primer efecto de esta rapidez en nuestra marcha es haber acabado con los niños. En mi Revista anterior lo decía; hoy lo repito, y lo repito con dolor porque creo que es un mal. Me inspiran profunda lástima esas criaturillas endebles y enfermizas, para quienes no es nada la salud del cuerpo que sacrifican a lo que llaman elevación del espíritu, como si esa distinción de los metafísicos pudiera ser cierta en el terreno de los hechos. Admitiéndola, como se admite lo absurdo, para que de la demostración salga la verdad, el contenido crece, crece y toma proporciones alarmantes; se hace mayor que el continente, y cuando esto sucede, el vaso se rompe y el líquido se derrama. ¿Qué es entonces de la esencia que el vaso contenía? Antes era útil, era una nota en la armonía general, un perfume en el aroma de la Creación... Hoy no es nada, porque la esencia se pierde en invisibles partículas, la tierra empapa el líquido, y solo quedan del preciado vaso los pedazos de vidrio rotos desparramados por el suelo y confundidos con el polvo del camino.

Y todo aumenta en alarmante progresión. La edad del juicio, de la madurez, se ha adelantado mucho. Las cuestiones que ayer se abandonaban a los hombres hechos, son hoy traídas y llevadas por los chicos, que con sus manos inexpertas las desfigurán y maltratan. No hay muchacho bien educado que a los catorce años no posea ya el grado de bachiller, es decir, no sea un compendio vivo de una porción de conocimientos, cuyo sólo estudio representa otros tantos de trabajo. Ninguno que a los veinte no haya concluido ó esté a punto de

terminar una carrera difícil. De aquí que no tengan tiempo para jugar. Los que antes jugaban al marro, discuten ahora a Dios. Lo poco que saben les da medida exagerada de sí mismos, y si encuentran un obstáculo lo saltan, y lo que no comprenden lo niegan. Y en tensión constar los nervios, y el cerebro en ebullición continua, y el entendimiento siempre en prensa, no ven que el demonio de la inteligencia, la locura, les acecha, pronto a lanzarse sobre ellos y robarles esa preciosa facultad de que se muestran tan orgullosos.

Teniendo, pues, la locura en su porvenir, natural es que odien el Carnaval, y lejos de prestar su concurso para contener la ruina del viejo edificio, cada cual dé un golpe con sus piquetas en las paredes derruidas que poco a poco se desploman. Hoy todo lo que sea exparcir el ánimo se cree tiempo perdido, y el tiempo es cosa harta apreciable para perderlo en tonterías. Sí, tienen razón los que lo dicen: el Carnaval se muere, y estamos asistiendo a su agonía.

Creed que hago esta declaración con sentimiento. El día que el pronóstico se cumpla; el día, no lejano ciertamente, en que acudamos a las exequias del pobre arlequin; el día en que ya dejen de salir a la calle los tipos legendarios, el moro tradicional, el hombre del *higuí*, el esquilador, la beata, el zángano disfrazado de mujer, la estudiantina de la Tuna y la comparsa de músicos militares vestidos de otomanos, ese día me vereis enjugar una lágrima furtiva.

Porque, ya lo he dicho, para mí el Carnaval es bullicio y animación, solaz del cuerpo, reflejo de sosiego del espíritu, y yo no creo en el dualismo que hace dos entidades completamente separadas, de las que tan en íntima unión se nos aparecen desde el primer momento. El día que el Carnaval sea sólo un recuerdo, habrá trascendido al pueblo ese afán de gravedad que nos consume, y la vida es cosa demasiado triste de por sí, para que nosotros nos empeñemos en hacerla más triste todavía.

Y el Carnaval se venga de nosotros, creedlo. Su última carcajada, porque morirá riéndose de la humanidad que le desprecia, será de triunfo; no esperéis en él las quejas ni los sollozos del vencido. Le echaremos de nuestras calles, le impediremos el paso a nuestros cafés, le cerraremos la puerta de nuestras casas, y él se irá, pero no se irá muy lejos. Nos aguardará a la salida de las poblaciones, en lugares bañados por el sol y refrescados por el viento, circuidos de altas paredes, sembrados de fuertes rejas, donde hay ojos celosos que ven hasta las más pequeñas intenciones, y manos caritativas que sujetan con fuerza extraordinaria y contienen los más furiosos trasportes; donde la inteligencia y la razón, esa razón y esa inteligencia que tanto enaltecemos y a quien tanto sacrificamos, se quedan a la puerta, porque no pueden seguirnos, y nos ven tristemente sepultados en cuartos, que por lujosos que parezcan, tienen aspecto de prisión, olor a cárcel...

Allí está el reino eterno del Carnaval, un Carnaval extraño que se ríe y sus carcajadas suenan a sollozos, que se queja y sus quejidos suenan a carcajadas; en que los labios se contraen a veces para modular una sonrisa que termina en una mueca, y a veces también para fingir una mueca que a la postre es una sonrisa; la materia que relegamos a último término, se venga de nosotros agitando con fuerza convulsiva nuestro cerebro, dentro del cual saltan y brincan las ideas como las monedas en la hucha que el niño mueve con fuerza para oír el ruido que hacen al caer. Si; seamos hombres serios, muy serios; desterremos de nuestro reino la alegría; discutamos todo lo discutible; inventemos sistemas y doctrinas que sustituyan a las doctrinas y a los sistemas del pasado, y matemos el Carnaval. Pero cuidado, mucho cuidado, que el cerebro es muy frágil, y sus paredes muy débiles, y la máquina humana fácil de descomponerse. Que no se rompa la armonía, porque tarde ó nunca se restablecerá. No sea que huyendo del Carnaval de tres días, demos en el eterno Carnaval de la locura.

Antes de irse, sin embargo, y hasta tanto que llega ese momento, el Carnaval hace de las suyas y se divierte a su manera, sólo que no se atreve a salir a la calle, y cuando sale lo hace como de mala gana y a la fuerza. Basta leer para convenecerse de esto, las revistas de salones de estos últimos días. No se habla más que de bailes vistosos, de reuniones amistosas, en que los invitados lucen trajes caprichosamente ideados por gentes que no tienen mejor cosa en que poder gastar el tiempo. Puede decirse, sin temor a ser desmentido, que el baile dado el lunes 23 por los duques de Fernán-Núñez ha asumido por sí solo el interés de la pasada quincena. Los cronistas de la alta goma, de la goma arábiga, andaban por esos mundos a caza de noticias rivalizando en noble ardor. El que adelantaba la descripción de un traje, el importe de una cuenta, se creía el mortal más dichoso y bienaventurado, mimadito de la fortuna.

El baile se verificó, y esos mismos cronistas agotaron su repertorio de extranjerismos, su caudal de exageraciones, y no quedó en el Diccionario superlativo alguno que no viniese a tomar parte en la descripción de la fiesta más que maravillosa, ni en los jardines de su ingenio, flor ninguna soberbia ni humilde, que no trajera su perfume a aquel ambiente regalado. A juzgar por lo que dicen los que asistieron a ese baile encantador, las *Mil y una noches* se quedan tamañitas a su lado. Había allí ríos de oro, arroyos de brillantes deslizándose entre rizados negros ó rubios, y cayendo en chispeante cascada sobre hombres torneados y senos turgentes. Por todas partes

fausto, riqueza, poderío y hermosura; los ojos compitiendo en brillo con las piedras preciosas; la carne compitiendo en tonos con el pétalo sonrosado de las flores. El conjunto debió resultar fantástico. Dentro del palacio, cuanto la vida tiene de agradable, cuanto basta a hacer del mundo un breve cielo, como decían los poetas del siglo de oro, luz de brillantes y luz de ojos hermosos de mujer cercados de pestañas amorosas: fuera, a la puerta de la suntuosa morada, entre las filas de apretada muchedumbre que presenciaba con curiosidad la llegada de los carruajes, todos los apetitos despiertos, todas las tentaciones aguzadas, vertiendo frases de odio en los oídos, y en el corazón gérmenes de envidia... Quizá en cualquier calle inmediata muriera de hambre algún desventurado.

Que este es el mundo, injusto, desigual; mundo en que unos viven y otros arrastran la vida; en que, como decía un buen señor muy gastrónomo, hay unos pocos que comen y muchos que no hacen más que sentarse a la mesa.

Al baile del lunes sólo asistieron los que comen. Son también los únicos que deben hacer ejercicio para facilitar la digestión.

A fuerza de oír decir a los hombres serios que es cosa de niños disfrazarse y dar bromas de mejor ó peor gusto, el Carnaval ha llegado a creer la verdad de esta afirmación, y, viejo al fin, se une a los niños buscando en ellos un refugio. De aquí que las únicas máscaras, puede decirse, que se han visto este año eran niños disfrazados con pintorescos trajes históricos y de capricho. Y claro es que hablo de niños de menos de diez años, pues los que pasan de esta edad hemos convenido que ya son hombres.

La Comedia y Jovellanos han dado bailes de niños, bailes concurrendos en que los pequeñuelos reproducían, en cuanto les era posible, los gestos y maneras de los grandes, con ese espíritu de imitación que sólo tienen el niño y el mono. Es una gloria ver cómo se divierten los pequeños serafines; cómo ensayan torpemente pasos difíciles sosteniendo a su pareja ó sostenidos por ella; con qué ingenua sencillez aprenden en un momento la no estudiada lección de galantería.

Por la noche, ¡qué de bellas visiones risueñas como el sol de mediodía! ¡Qué de hermosas figuras envueltas en remolinos de vistosos colores! ¡Qué de sueños que reproducen las imágenes del baile que más hirieron su retina! ¡Cuántas bendiciones al Carnaval que pasa! ¡Cuántos llamamientos al Carnaval que ha de venir!

Presenciando una de estas fiestas encantadoras de la infancia, involuntariamente viene a los labios, y los labios la repiten, aquella frase tan conocida, tan amarga, tan verdadera:

— ¡Qué lástima que estos niños se hagan hombres!

De pronto, una voz vino a marcar una nueva hora en el reloj de los tiempos; un espectro seco y descarnado surgió destacando su gran masa sombría sobre el riente azul de cielo, cruzó de un lado para otro el horizonte, y dió con su huesuda mano en la campana que holgaba en la alta torre de la iglesia, y que al ser herida dejó escapar un eco extridente a modo de quejido. Y la voz, acompañada por la campana, repitió una y otra vez:

— Polvo eres, polvo serás... ¡Memento homo!

Terribles palabras, semejantes al *Mane, Thecel, Phares* de Baltasar, que vienen a sorprender al hombre en medio de su alegría y le traen a la memoria su destino. ¡Aviso tanto más espantoso cuanto más verdadero es!

— Polvo eres, polvo serás... ¡Memento homo!

El Carnaval se quita rápidamente su careta, entierra la simbólica sardina, exhalando al hacerlo la última carcajada de aquel año, y huye perseguido por la voz cascada y la campana quejumbrosa, que también parece repetir en secas campanadas la aterradora profecía:

— Polvo eres, polvo serás... ¡Memento homo!

La Cuaresma con sus vigias, con sus terrores, con sus abstinencias, sienta sus reales entre nosotros. El mundo pecador tiene necesidad de orar, de arrepentirse, de golpearse el pecho, si quiere llegar a la alegría de la resurrección.

Tres días de pecado requieren, según el legislador, cuarenta días de penitencia...

Lo cual da una idea de lo que, a su juicio, se peca en esos tres días.

Fuera del Carnaval y de los bailes, pocas novedades se pueden registrar en esta crónica de los sucesos madrileños.

Durante la quincena, los escaparates no han ostentado obra ninguna de importancia. En cambio, los que todo lo saben, han hecho muchas promesas. Han ofrecido nada menos que un nuevo poema de Núñez de Arce, *Luzbel*, y una nueva obra de Galdós, *Tormentos*, que a juzgar por su asunto será una verdadera obra maestra, pues en ella describirá el primer de los novelistas españoles, un combate a muerte entre dos enemigos igualmente poderosos. El campo de batalla será el alma de aquel D. Pedro, primer maestro del *Dr. Centeno* que tan malos ratos hizo pasar a nuestro antiguo amigo, el nunca bien ponderado *Celipín*; los combatientes son un temperamento y un carácter; las ideas religiosas severamente respetadas, la tentación imponente, cruel, avasalladora. De un lado el alma con sus timideces, con sus arrebatos místicos, con sus resistencias, con sus temores de otro la materia tiránica que manda, dicta leyes, estrecha, oprime y pide el pecado ó la

vida. Lucha de titanes, digna de ser cantada por Dante en una epopeya sombría como su *Infierno*, ó referida por Galdós en una novela como *Doña Perfecta*, como *Gloria*.

Convengamos en que promesas así son más hermosas que muchas realidades de otro género.

En cambio, el teatro nos ha dado muchas obras; pero desgraciadamente sólo una se conserva en los carteles: *El guapo rondeño*, un arreglo hecho por Eusebio Blasco con el arte que caracteriza á escritor tan distinguido. *Un hombre de bien*, arreglado por Larra, pasó la noche de su estreno, pero á la tercera, la retiró la empresa, que no quiso sin duda aguardar á que el público viniera a verla quince días despues. Bueno es advertir que los críticos que tanto ruido metieron cuando en el mismo teatro se retiró otra obra, no han visto ahora nada de particular en esa disposición del empresario.

La fortuna que aquí también hay promesas pendientes de cumplimiento: una comedia de Sellés, *Las vengadoras*, que se estrenará un día de estos en el teatro de la Comedia.

Veremos si la próxima quincena es más pródiga en sucesos que la presente.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

FRASES

Así como la aurora brilla en el cielo y en las aguas, el amor luce en el universo y en la idea.

El amor es un mar de astros en el que se refleja el espíritu de los ideales del Eterno.

Hay sentimientos que parecen las esperanzas del amor de la espuma con los efluvios de las flores.

La caridad ora trasformando á la naturaleza en un pensamiento de amor.

El espíritu sin la ternura, sería una desesperacion en la nada.

El beso del aire produce misteriosos sonidos al pasar por las ramas de los árboles agitados, así como el aire de la eternidad produce el amor al pasar por las ilusiones del alma.

El corazón humano reposa en la celeste armonía del universo, como reposa el espíritu de la inocencia en el regazo de una madre, como reposa la piedad en el pensamiento amoroso de Dios.

Dos seres transformados en el amor son como dos estrellas que lucen en los espacios y en las aguas: misterios en una misma luz.

¿Por qué la felicidad? ¿Qué somos en el bien? ¿Qué sabéis, profeta? ¡Oh Dios! ¡Si hay un cielo, en él entrarán todos los hombres. Dios mío, los maestros te calumniaron y tú los perdonaste como perdonaste á los escribas, á los fariseos y á los Césares!

No hagais del polvo de la tierra palacios para vuestros sueños.

La luz del alma es la caridad: si tu caridad es pura, tu alma será luminosa.

Así como la aurora del sol tiene rocío, el amor tiene lágrimas que al subir en invisible luz á las alturas, encienden la aurora de la idea.

El amor es justificado por la desgracia.

En la ternura se confunden los espíritus, no en la sangre.

El que presiente casi amor, puede decir en sus meditaciones: Lloro porque el pensamiento de los cielos se acerca.

Donde no hay libertad no ha nacido el alma.

Armonía del misterio,
Tus nidos son los amores.

Las lágrimas del que ama reflejan el primer albor de lo infinito. La luz bebe cuando el espíritu llora.

Ama y Dios te perdonará.
Piensa en las virtudes que no practicas y amarás á tus enemigos.

Dios existe y la verdad es para todos. ¿Qué sois, pobres seres, en la misericordia infinita?

No deis al polvo lo que solo brilla en el alma. Las perlas y las flores pertenecen al astro. ¿Queréis que el ignorante las pise? Pues sembrad con ellas su camino.

El amor en la sombra dilata su espíritu por los cielos. La eternidad está en el amor, como la luz está en las alturas y el ideal en los dolores.

Amar es vivir adorando con el pensamiento de Dios.

El que anda en la noche con tribulaciones y virtudes, volverá con la aurora.

La felicidad alumbra, el amor vivifica, la caridad redime.

¿Existe lo que carece de amor? ¿Hay fulgores en la ceniza fría? ¿Qué es la nieve en la oscuridad? Cuando Dios no puede bendecirnos, ¿qué somos?

Los que regaren con lágrimas, tendrán flores con regocijo.

El amor es la aurora de la eternidad atraída por las esperanzas de un esclavo.

El amor es una religión. ¡Ay de los espíritus que no aman, murciélagos que solo viven en el crepúsculo de un día de dolores!

Sus lágrimas de amor eran rayos de luz que, cayendo de su mirada, escribían himnos en el polvo.

El amor es una plegaria silenciosa que el viento del infinito se lleva.

Somos como el pájaro solitario y el como el huerto seco: ¿hay escarcha sobre las flores? ¿Hay tempestades sobre el nido?

El amor nos hace pensar en Dios, así como la luz nos hace pensar en la libertad.

El amor hace lo que el sol: saca arroyos de la nieve, vapor de los arroyos, rocío del vapor, y resplandores de la roca.

Los recuerdos envejecen; el ideal no se trasforma.

El amor es la fé del sentimiento convertida en idea.

¡Oh amor! ¡Canto de gratitud en la resignación del peregrino!

Pensad, cielos; y tú, tierra, regocijate; y vosotros, espíritus, consolaos, porque todo es amor.

El hombre ama, esto es, pasa de la vida al ideal, y llora.

El amor es una verdad fundada en la muerte.

La felicidad que carece de amor, es rápida como la ágrima que cae, como un suspiro, como el aroma de un sentimiento; solo el amor existe, como la Omnipotencia del infinito.

En ciertos instantes, el corazón, como el insecto, se baña en las lágrimas de la aurora, y se seca en el cáliz de las flores.

Unense las almas á la misericordia infinita, como las ternuras al misterio.

Piensa con los dolores, y tu pensamiento no será vanidad.

La abeja tiene flores, y las víboras nidos, y la golondrina espacios, y el insecto en tierra... ¿Qué tiene la prostituta?

El que ama sube á la luz, y llora.

Orar es creer con la mirada puesta en los desválidos y con el espíritu puesto en lo alto.

No te alegres en tu felicidad, donde el olvido acecha. Alegráos en las virtudes de los hombres.

Entrad por la puerta del amor, ancha para la luz y estrecha para un sueño vano.

El amor se dilata en la conciencia del hombre como se dilatan las aguas en el valle, reflejando al cielo.

El amor es una nota de la armonía de los soles y un pensamiento de las virtudes de los ángeles.

Pensad con los dolores.
Hay cuerpos que envejecen en la tristeza, y espíritus que tienen hambre. No basta llorar: las lágrimas, se hielan cuando lo infinito no alumbra. Dios de misericordia, ¿por qué no vives para todos? Pensamientos ¿por qué no te olvidas de tí mismo?

Ideal: no entregues al polvo las almas que no caben en tu terreno.

¿Para qué la luz, que sólo alumbra muertes sin sabiduría, oraciones sin lágrimas, piés que están sobre troncos y espíritus que se consumen como huesos? ¿Qué vale la verdad que no viene con misericordia?

No pertenezcamos al misterio, que la caridad nos guía.

¿Soy libre? Lo desconocido duda. El destino de los que lloran agítase sobre mi vida, como la carcajada de un borracho. Cuando sufro por todos pareceme que saco lágrimas y cadenas de lo más hondo de los cielos.

Alma, que resplandeces en el amor de los ángeles; misericordia del espíritu, misterio de todas las creaciones, ¿qué somos? Dios mío, la virtud te adora. ¿Por qué?

En el amor está la libertad, revelada por lo infinito.

La voz de la naturaleza llama los hombres al amor, como el juicio del Altísimo llamará las almas á la misericordia.

Planta, siega y espiga: Dios segará.

Aquí, en este espíritu tan humilde, llueven copos de nieve que se deshacen en lágrimas heladas sobre mi sueño.

Dad por amor lo que recibisteis por misericordia.

No hay amor en la esclavitud: que el amor es el alma.

La libertad tiene flores.
Cuando los tiranos lloran.

En la mente de cada hombre hay un pensamiento divino, que es la libertad, fuera de la libertad sólo existe Dios.

Alma, sube á la luz: que el amor te convertirá en astro.

La inspiración es como una flor que abre su embalsamada corola en la cima de las montañas: da su perfume á los astros, y sus oraciones al Eterno.

La luz es la aspiración de la materia.

El espíritu sin bondad, es como lo infinito sin Dios: una sombra en el hielo.

Poesía, luz increada donde vayan las ilusiones de los ángeles, tú eres sobre la materia lo que es el dolor sobre los astros.

El alma sube por la luz, mirándose en lo infinito, para producir amores y sueños.

El hombre bajo la virtud, la humanidad bajo lo infinito, tal es mi sueño: todo por lo ideal.

Nuestro espíritu parece el amor en los desiertos: es grande, pero no es amado.

Todo dura más que tu grandeza.

MADRID

IMPRESA DE EL PROGRESO, SOLDADO, 1, DUPLICADO
á cargo de B. Lanchares.

ANUNCIOS

EL PROGRESO EN 1884 GUARTO AÑO DE SU PUBLICACION

REGALOS

EL PROGRESO

CUARTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por **EL PROGRESO**, que á los cuatro años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulacion de España, y á la cabeza de los de gran tamaño le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razon todo sacrificio para corresponder á los favores que nos dispensa nos parecen insuficientes y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predileccion con que nos distingue.

LA ILUSTRACION UNIVERSAL

Periódico ilustrado el más barato del mundo; ocho páginas de excelentes grabados; ocho de escogido texto.—3 pesetas semestre.—10 céntimos número.

Se regala á los suscritores por trimestre á **EL PROGRESO** que paguen adelantado.

LA REFORMA AGRICOLA

Periodico quincenal de intereses materiales
Se regala á los suscritores de **EL PROGRESO** que paguen por semestres adelantados.

LA AMERICA

Popular é interesantísima crónica hispano-americana que alcanza el vigésimo quinto año de su publicacion y en la que colaboran los más notables escritores de España y América.

Precios de suscripcion

España.....	6 pesetas trimestre
	20 — año
Resto de Europa..	40 francos año
Ultramar.....	12 pesos fuertes oro
Para los suscritores á EL PROGRESO que paguen un año adelantado, los precios de suscripcion á La América serán los siguientes:	
España.....	15 pesetas año
Resto de Europa..	30 francos —
Ultramar.....	10 pesos fuertes.

Vino y Jarabe de Dusart

DE LACTOFOSFATO DE CAL

Las experiencias de los más acreditados médicos del mundo entero han demostrado que el lactofosfato de cal en el estado soluble, tal como existe en el **Vino y el Jarabe de Dusart**, es en todos los periodos de la vida, el reconstituyente por excelencia del cuerpo humano.

En las *mujeres embarazadas* facilita el desarrollo del feto y hasta á menudo para evitar los vómitos y demás accidentes que acompañan al embarazo. Si se le administra á las *nodrizas*, enriquece su leche y ya no hay que temer para la criatura, ni *colicos ni diarreas*: la *dentición* se verifica fácilmente sin dolores ni *convulsiones*. Más tarde, cuando el niño está *pálido, linfático*, cuando sus carnes están *flotas*, y que se le pre:entan *glándulas* al rededor del cuello, se encuentra en el lactofosfato de cal un remedio que es siempre eficaz.

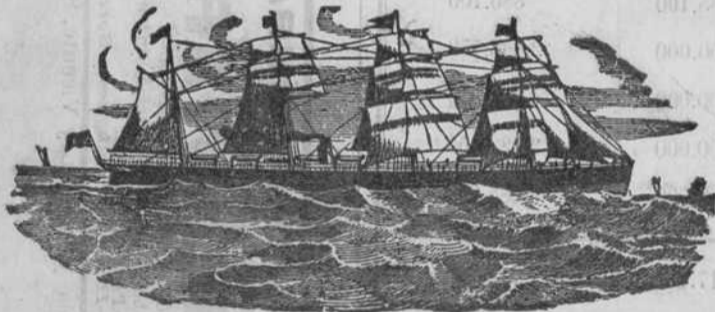
Su accion reparadora y reconstituyente no es ménos segura en las *personas mayores* cuando están *anémicas* ó padecen de *malas digestiones*, así como en las que están debilitadas por la edad, el trabajo ó los excesos.

Su uso es de gran precio para los *tísicos* pues causa la *cicatrizacion de los tubérculos* del pulmon y sostiene las fuerzas del enfermo, favoreciendo su alimentacion.

En resumen, el **Jarabe y el Vino de Dusart** estimulan el apetito, establecen la *nutricion* de un modo completo y aseguran la *formacion regular* de los *huesos*, de los *músculos* y de la *sangre*.

Paris: Casa GRIMAULT y C^a, 8, Rue Vivienne

DEPÓSITO EN LA PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



VAPORES CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA)

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y

VERACRUZ, SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA, Y PACIFICO

Salidas: de Barcelona los dias 5 y 23 de cada mes; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los dias 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los dias 23 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañia Trasatlántica, en combinacion con el ferro-carril de Panamá y linea de vapores del Pacifico, toman pasaje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacifico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañia, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino. Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañia.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañia.

En Cádiz, Delegacion Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañia Fabril "Singer"

Se ha trasladado á

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

(ESQUINA Á LA DE CÁDIZ).

¡¡UN TRIUNFO MAS!!

Las máquinas "SINGER" para coser

han obtenido en la Exposicion de Amsterdam la más alta recompensa:

El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cúidese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

LA COMPAÑIA FABRIL "SINGER"

Direccion general de España y Portugal:

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



JARABE H. FLON

LEMITIVO-PECTORAL

Es el específico usual hace medio siglo contra los *coquelucos* y las inflamaciones de los *bronquios* que tienen una causa nerviosa.

Paris, 28, rue Taitbout y rue des Archives, 19

No olvidar que cada frasco de 2^o 50 LLEVA LA FIRMA FLON

LA CONFIANZA

CEDACEROS, 11, PRINCIPAL

Con el fin de facilitar á las personas de pequeña fortuna la adquisicion de los efectos de casa y prendas de vestir más necesarias en el uso de la vida, tomando como garantia la honradez y laboriosidad, patrimonio del industrial y trabajador, se venden á precios corrientes y á plazos semanales los articulos anotados á continuacion:

VENTA EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes completos, capas, gabanes, mantas, mantones capucha de abrigo, pañuelos de seda, juegos de sábanas de hilo y de algodón, manteles, servilletas, toallas, faldas de percal y lana para barro, chalecos de Bayona, vestidos de percal, colchas de algodón y percal, blancas y de color, colchones de todos tamaños, almohadas, camas de hierro, maqueadas y doradas, de todas dimensiones, cunas para niños é infinidad de otros articulos.

CEDACEROS, 11, PRINCIPAL

Horas de despacho: de diez de la mañana á ocho de la noche

EL EDEN

GRAN PERFUMERIA

BASTIAN Y YARTO

23, CARMEN, 23

(Antigua joyería de Samper)

Primer establecimiento en España de perfumeria fina, blancos para el *cúis* y tintes para el *cabello*, aprobados por las facultades de medicina de Paris y Londres.

Nota. Esta casa sólo expende productos de legitima procedencia y de reconocidos resultados, no las numerosas futilidades de perfumeria comun que venden varios establecimientos.

23, CARMEN, 23

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA

PRÉSTAMOS AL 6 POR 100 EN METALICO

El Banco Hipotecario hace actualmente y hasta nuevo aviso sus préstamos, al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años, con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las 50 anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Cédulas hipotecarias

En representacion de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos titulos tienen la *garantia especial de todas las fincas hipotecadas al Banco y la subsidiaria* del capital de la Sociedad. Son amortizables á la par en 50 años.

Los intereses se pagan semestralmente en 1.º de Abril y 1.º de Octubre en Madrid y en las capitales de provincia.

BANCO DE CASTILLA

La administracion, en vista del resultado del balance del año social que terminó en 31 de Diciembre último, ha acordado que el dividendo del ejercicio de 1883, sea de 10 por 100 sobre el capital desembolsado de las acciones, ó sean 25 pesetas á cada una.

Y habiendo ya satisfecho á buena cuenta, en Julio último, 15 pesetas por accion, el resto de otras 10 pesetas á cada una se pagará desde el dia 14 del corriente, por la caja de este Banco, en Madrid, de once á dos de la tarde, todos los dias no feriados, y por los delegados del establecimiento en provincias contra el coupon número 6 de las acciones, presentado con facturas que se facilitarán gratis.

Juventud — Frescura

OBTENIDAS CON LA

GEORGINA

De CHAMPBARON, 10, Rue Laffitte

PARIS

Para borrar las arrugas mas rebeldes, aconsejamos el uso de:

Extracto..... de **GEORGINA**

Crema de Jugo.. de **GEORGINA**

Polvos de Arroz á la **GEORGINA**

Agua de Tocador á la **GEORGINA**

Exito Seguro.

Pedidos en MADRID: C.A. SAAVEDRA, Sordo, 31. Por Menor: